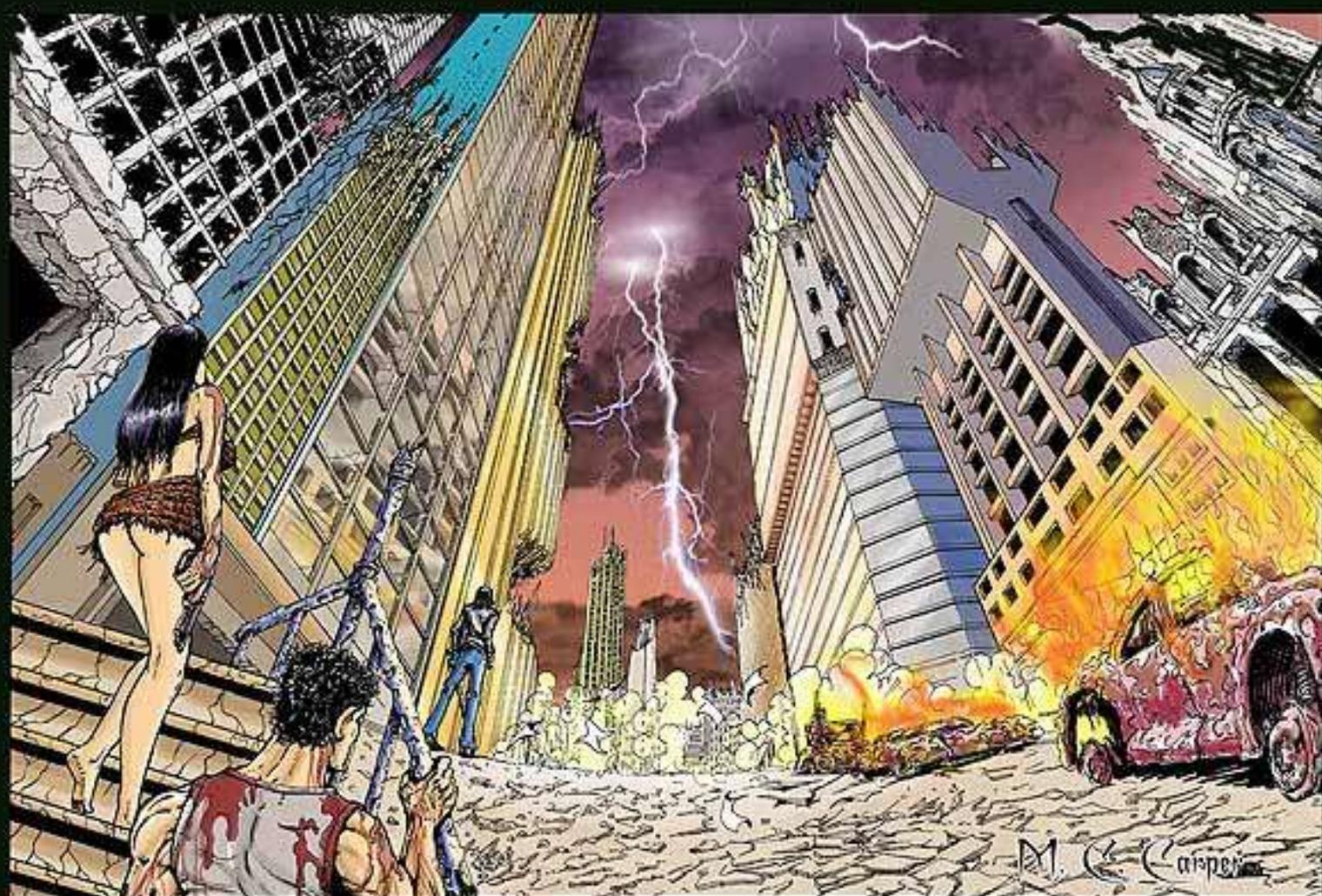


REVISTA

Revista Digital de lo Breve y lo Fantástico



Artículo:**Maravillas de la condición humana**

“Todo el mundo fantasea con una muerte dramática”

El título y la cita que encabezan este cuento son el título y el texto de una canción de Nacho Vegas. Creo que fue Cioran quien afirmó que todas las civilizaciones han anhelado asistir al fin del mundo. Si aceptamos que cada humano es todos los humanos, la sentencia de Nacho Vegas y la de Emile Cioran serían idénticas. Parece una afirmación, la de estos dos escritores, bastante cierta. Igual que cada recién nacido se sabrá el primer recién nacido de la historia, todas las culturas que se han sucedido a lo largo de los milenios, han creído ser las últimas culturas. La finitud del mundo se pronostica en mitos ancestrales, también en visionarios medievales. Caerá el cielo sobre nuestras cabezas, o lloverán bolas de fuego, tal vez se apague el sol; cada generación ha fabulado un final a su medida, y se ha adjudicado la culpa de ese Apocalipsis inevitable. Nosotros no somos distintos.

En este siglo, la primera reencarnación de ese miedo fue la bomba atómica; con su invención, se dijo que nunca antes el ser humano había tenido en sus manos el destino de la humanidad; supongo que al realizar tal afirmación obviaron la caja de Pandora, o la manzana del Edén. El mito de la bomba atómica, y los otros dos referidos, perdieron vigor con el paso del tiempo, dejamos de creer en ellos. Necesitábamos un

nuevo enemigo para nuestra débil Tierra.

“El mundo sumergido” (1962), de J.G Ballard, fue la ficción que inspiró a la Ciencia ese nuevo terror, llegado desde nuestra estrella más próxima. El ecologismo ha trazado una serie de relatos científicos impecables, magníficos: la industrialización de occidente ha llenado el cielo de dióxido de carbono, hemos agujereado, además, nuestra bóveda celeste. La temperatura aumenta, los ecosistemas empobrecen hasta morir, los mares ganan a la tierra. Y esta nueva Verdad nos reconforta en nuestros sueños más íntimos e inconscientes, creyendo que esta vez es diferente a las otras, y que será nuestra civilización la que ponga, de una vez por todas, fin a este Mundo. Para que no se sucedan nuevas generaciones, infinitas generaciones, que nos ridiculizarían primero y nos olvidarían después.

No nos merecemos ser los antepasados de nadie, hemos conquistado, como ninguna sociedad logró antes, una muerte dramática y gloriosa.

Juan de Madre, seud. (España)

Directores: Ricardo Acevedo E. y Carmen R. Signes Urrea

Portada: “Mortal Zombie Apocalipsis” por M. C. Carper (Argentina)

Diseño de portada: Carmen R. Signes Urrea

Logo: José Castillo Arias (Colombia)

Colaboraciones: minaturacu@yahoo.es

Descargarla en:

<http://www.servercronicos.net/blog/gc/index.php/minatura/>

Dossier: Post-Apocalipsis

Editorial

No se con qué armas se librará la III Guerra Mundial, pero en la IV Guerra Mundial usarán palos y piedras.

Albert Einstein

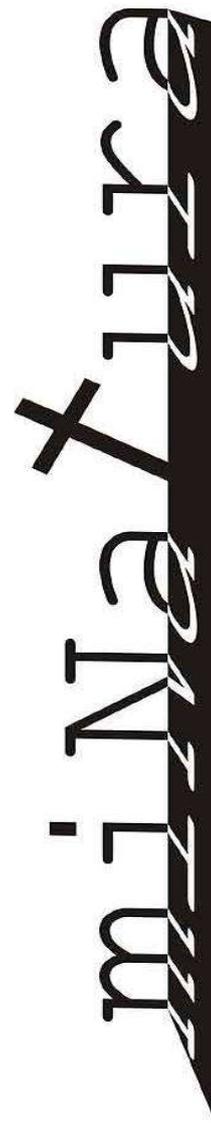
Señoras y señores:

¡Pasen y vean!

Observen el circo que hemos montado. Un espectáculo lleno de magia, en el que las predicciones de los más agoreros nos dan solución a las causas que provocarán nuestro aniquilamiento, y en el cómo los que se salven, podrán resistir los cambios que se avecinan.

Creíamos habernos librado de uno de los males y preocupaciones que más ha quitado el sueño a la población desde que el mundo es mundo: su fin, nuestro aniquilamiento. Un último capítulo, que asumimos con conocimiento de causa, después de ser conscientes de que eso ya ha ocurrido (destrucción de los dinosaurios) y lo que es peor, que puede volver a ocurrir. Ya no estamos hablando, como en el año 1000 del castigo divino, sino de aquel más arbitrario y que confiere a la naturaleza su particular lotería: la casuística menos ventajosa. Un mensaje que ha dejado la sotana a un lado, para calzarse la bata de laboratorio. Pero claro, superado ese miedo, nos adelantamos a ponerle remedio a la hipotética hecatombe, buscando en nuestros pensamientos más optimistas, la solución o más bien, un rayo de esperanza, si es que queda algo así, para que la humanidad siga a pesar de todo su

camino, como si realmente tuviéramos tanta importancia en el conjunto del universo. Es así, como en este número, si bien no vamos a desvelar lo que el sino nos tiene reservado, si que al menos jugaremos con las posibilidades, más o menos optimistas, que erijan nuevamente al hombre en el lugar que le corresponde. Años atrás, cuando la amenaza pasó por delante de nuestras narices, en forma de un efecto 2000, tan etéreo como el medio del que surgiría; o ésta venía de la mano de algún que otro visionario malintencionado, de los que no hemos escapado aún, ya nos reconcomíamos buscando las soluciones. Ahora que la amenaza, quieren hacernos creer que está en nuestro entorno y lo que es peor, entre nuestras manos como artífices del desastre, pululamos entre la prevención y el desencanto general. Pero claro, no hay ley, ni certidumbre en nada de esto, y lo



mismo puede ser así, como surgir de un virus, o por que no, saltar por los aires, gracias a nuestras más avanzadas formas de destrucción.

Los textos aquí expuestos, y que proceden, en su mayoría, de la colaboraciones de muy buenos y prometedores escritores del género, nos ofertan un paseo por ese futuro que aún está por llegar, si llega.

Los Directores

Sumario:

- 2/ Artículo:** Maravillas de la condición humana / Juan de Madre, *seud.* (España)
- 3/ Editorial**
- 4/ Sumario**
- 5/ El último hombre** / Mary Shelley (Inglaterra)
- 6/ Maldito Hijo de perra, literalmente**/ Juan Pablo N. Lamas (Cuba)
- 6/ Londres después**/ Richard Jefferies (Inglaterra)
- 6/ Sin máscara**/ Juan Guinot (Argentina)
- 7/ Una historia de los tiempos venideros** / H. G. Welles (Inglaterra)
- 8/ Tío Angus**/ Juan Vte. Centelles (España)
- 8/ Cordura**/ Fritz Leiber (EE.UU.)
- 8/ Antes de después**/ Adam Gai (Israel)
- 9/ Rumbo al Este**/ William Tenn (Inglaterra)
- 9/ La Huída**/ Carlos Enríquez Saldivar (Perú)
- 10/ Una cruz de siglos** / Henry Kuttner (EE.UU.)
- 11/ Soy el último hombre sobre La Tierra**/ Tomás Pacheco Estrada/ Jean-Pierre-Michel (México)
- 11/ Cántico por Leibowitz**/ Miller Jr. M. Walter (EE.UU.)
- 12/ Solos en América**/ Mauricio Alberto Varas Velásquez (Chile)
- 13/ Campo de Concentración**/ Thomas M. Dish (EE.UU.)
- 13/ Balada del sobreviviente**/ Juan Ignacio M. Zapata (Colombia/ Canadá)
- 14/Mundo aparte**/ Joe Haldeman (EE.UU.)
- 15/ Post-Apocalipsis**/ Ricardo L. García Fumero (EE.UU.)
- 16/ Trece años de deshielo**/ David Brin (EE.UU.)
- 16/ Apocalipsis Gay**/ Daniel Duque (Venezuela)
- 17/ Post Bombum**/ Alberto Vanasco (Argentina)
- 18/ Mundo de Cromo**/ Ricardo Juan Benítez (Argentina)
- 18/ Dr. Bloodmoney**/ P. K. Dick (EE.UU.)
- 19/ Legado musical**/ Rubén Martín (España)
- 20/ A cabeza descalza**/ Brian Aldiss (Inglaterra)
- 20/ Flores de papel**/ Bruno Henríquez (Cuba)
- 21/ Fuga para una isla**/ Cristopher Priest (Inglaterra)
- 21/ Ovejas o Cabritos**/ Pablo Martínez Burkett (Argentina)
- 22/ Hardwire** / Williams Walter Jon (EE.UU.)
- 23/ Estación A**/ Carmen Rosa Signes U. (España)
- 24/ Después de la guerra** / Alejandro Jodorowsky (Chile)

- 24/ *Cataclismo tecnológico*/ Amanda Rosa Pérez Morales (Cuba)
- 24/ *Sola y su alma* / Thomas Bailey A. (EE.UU.)
- 24/ *El Cuento*/ Francisco José Segovia Ramos (España)
- 25/ *Sólo vine a hablar por teléfono* / Gabriel García Márquez (Colombia)
- 25/ *Déjeme dormir un poco más*/ Erath Juárez Hernández (México)
- 26/ *Vedado y Playa*/ Juan Pablo Noroña L. (Cuba)
- 26/*Dos mujeres se desangran sobre el polvo*/ Juan Pablo Noroña L. (Cuba)
- 27/ *Post-Apocalipsis*/ Ángela Ruano (España)
- 27/ *Después*/ Omar Martínez (Cuba)
- 28/ *El último*/ Francisco Enríquez Muñoz (México)
- 28/ *Insisten los héroes y los estúpidos*/ Miguel Ángel Iglesias (Cuba/ México)
- 29/ *Insomnio*/ Eva Barberá del Rosal (España)
- 29/ *La duda*/ Yuniesky Betancourt Dipotet (Cuba)
- 29/ *La pena*/ Héctor Francisco Ranea Sandoval (Argentina)
- 30/ *Sobre el Apocalipsis*/ Vitt., *seud.* (España)
- 30/ *Sobre cifras y letras*/ Vitt., *seud.* (España)
- 30/ *The end*/ Néstor Darío Figueiras (Argentina)
- 31/ *Salida al exterior*/ Juan José Tena (España)
- 31/ *Un vaso de agua para el señor*/ Margarita Carvajal Pradas (Cuba)
- 32/ *Post-Apocalipsis*/ Amanda Rosa Pérez Morales (Cuba)
- 32/ *Conteo*/ Carlos Iván Martínez Reyes (México)
- 32/ *El Día de la Crisis*/ Francisco José Segovia Ramos (España)
- 33/ *El fin*/ Rubén Gozalo Ledesma (España)
- 34/ *El Guardián del último Sello*/ Salomé Guadalupe Ingelmo (España)
- 34/ *El perro*/ Carlos Fenstein (Argentina)
- 35/ *El último misterio*/ Carlos Díez (España)
- 35/ *Esperanza*/ María José Domínguez García (España)
- 36/ *Hambre*/ María L. Castejón (España)
- 36/ *Insectos*/ J. Javier Arnau (España)
- 36/ *La Colisión*/ Pedro Arregoitia Cueto (Cuba)
- 37/ *Niveles*/ Juan Manuel Valitutti (Argentina)
- 38/ *Pena*/ Carlos Enríquez Saldivar (Perú)
- 40/ **Comic**: *Tarot*/ Eliete Lorenzo & Istvan Bent (Cuba)
- 45/ **El Cronista Especulativo**: *El Lugar menos indicado*/ Alejandro Millán Pastori (Argentina)
- 50/ **La Biblioteca del Nostromo**
- 52/ **Top 10**: *Cine Post-Apocalíptico*

El último hombre¹

(fragmento)

El hombre, entendiéndole como sujeto que puede dormir y despertarse, que puede realizar todas sus funciones orgánicas, seguía existiendo a pares y a tríos, mas el hombre, vulnerable en sí mismo y no obstante, al transformarse en

¹ The Last Man (1826), ed. por Henry Colburn.

conjunto, más poderoso que el viento o el piélago, dominador de los elementos, dueño de la naturaleza creada, el hombre semejante a los semidioses, había dejado de existir.

Mary Shelley (Inglaterra, 1797- 1851)

**Maldito hijo de perra,
literalmente**

Ceiling Cat y Basement Cat miran la ciudad desierta desde una azotea.

— ¿Lo hiciste tú? —pregunta el Ceiling Cat.

—Claro que no —Basement Cat frunce los bigotes—. Pero supe cómo fue.

— ¿El Viejo de la Barba?

—No. Para no hacerte el cuento largo, resulta que el director del Gran Colisionador de Hadrones llevó su chihuahua al trabajo...

*Juan Pablo Noroña
(Cuba)*

**Londres después²
(fragmento)**

Sobre lo que voy a describir ahora no debe ser considerado como la verdad última, pero como lo más cercano al cual yo podría lograr después de la comparación de varias tradiciones. Unos dicen, entonces, que el primer principio del cambio era porque el mar desbordo los viejos puertos,

obligando a un basto comercio que una vez existió a trasladarse. Es ciertamente verdadero que muchos de los puertos están inundados, y son ahora inútiles como tal, pero de cualquier manera la inundación precedió a la desaparición de la población o la consecuencia de una negligencia, No puedo aventurarme a un acierto positivo.

Para esto hay signos de que el nivel del mar se ha hundido en algunos sitios, y signos que se ha hecho más alto en otros, de modo que el historiador juicioso puede simplemente establecer los hechos, y se abstendrá de colorearlos con su propia teoría como Silvester ha hecho. Los otros que a su vez mantenían el suministro de alimento a través del océano de repente detuvieron causando gran desorden, provocando que las tripulaciones a bordo de los navíos escaparan del hambre, y navegaron lejos, y nunca más se supo de ellos.

*Richard Jefferies
(Inglaterra, 1848-
1887)*

Sin máscara

He pasado el umbral espinoso de las Profecías y cuando digo que he salvado mis ropas no miento, lo confirma la hoja de mi antebrazo. El

filo, ese con el que hendí los vaticinios oscuros, espeja mi perfil más hiriente.



² After London; Or, Wild England (1885), Cassell & Company, Ltd..

Las retamas floridas de amarillo escondían las madrigueras de mis enemigos. Las plantas brotaron como una extensa corona en la comba del ocaso, bajo el amparo de un atardecer anaranjado y matizado por púrpuras en lloviznas. Mi turno llegó cuando las flores de las retamas se tragaron el sol, cerraron sus pétalos para convertirse en espinas y, entonces, el púrpura fue un diluvio. Avancé hacia el horizonte. Mi piel, de aleación impenetrable, quebró una a una las espinas. Mis manos, brazos y piernas de perfiles afilados decapitaron los capullos en forma de husos y el veneno manó en una sustancia infecta que se deslizó en derrame viscoso por los tallos hasta birlar el entramado de las madrigueras. Estaba sumido en las entrañas de la Profecía, bañado por la sangre de este cielo, con los pies hundidos en mis enemigos, en el hedor del suelo, en la comba de un ocaso que fue naranja.

Llevé mucho tiempo esperando el fin de los tiempos. Mi piel de acero me refleja aquí, a un paso de haber franqueado la línea de los vaticinios oscuros. Ya casi no veo el cielo, la noche cauteriza el último rastro sanguinolento y lo regenera en epidermis de estrellas.

He salvado mis ropas y el día de todos los finales habrá pasado si aparece el alba bruñida por la primera raya de sol. Temo no poder verla. Tal vez si me quito esta piel de aleación incorruptible pueda ver el principio del mañana. Tal vez si me quito esta máscara pueda verlo, tal vez si lo hago pueda olvidarme de mis ropas de acero, de aquella Profecía y dejarme ir sin máscara, de una buena vez, para fundirme con

ese sol que raya en el alba y principia el día.

Juan Guinot (Argentina)

Una historia de los tiempos venideros³

(fragmento)

Le parecía completamente imposible y absolutamente desnudo de interés el imaginarse que hubiera algo después de su muerte. Sin embargo, así era, y cuando hasta los hijos de sus biznietos estuvieron muertos, podridos –y olvidados, cuando la casa de falsas vigas hubo sufrido la suerte de todas las cosas ficticias, cuando el *Times* no apareció más, cuando el sombrero de copa pasó a ser una antigüedad ridícula, y la piedra con forma de túmulo, modesta e imponente, que había sido consagrada a Mr. Morris, había sido quemada para hacer cal y argamasa, y cuando todo lo que Mr. Morris había juzgado importante y real se había desecado y estaba muerto, el mundo existía aún y había en él personas que miraban el porvenir, o más bien dicho, todo lo que no era su persona o su propiedad, con tanta indiferencia como lo había mirado Mr. Morris. Cosa extraña de observar, y que habría causado a Mr. Morris un gran enojo si alguien se lo hubiera predicho: por todo el mundo vivía esparcida una incertidumbre de personas que respiraban la vida y por cuyas venas corría la sangre de Mr. Morris, así como, un día por venir, la vida que está hoy concentrada en el lector de la presente historia, podrá estar igualmente esparcida por todos

³ A Story of The Day to Come (1897), *The Pall Mall Magazine*.

los extremos de este mundo y mezclada en millares de razas extranjeras, más allá de todo pensamiento y de todo rastro.

Herbert George Wells (Inglaterra, 1866- 1946)

Tío Angus

...nuevos tiempos requieren cambios profundos en la forma de hacer las cosas. Nunca me molestó lo más mínimo alimentarme sólo de carne; estaba acostumbrado a descuartizar hombres. Desde chico lo ví hacer en casa todos los días. Regentábamos la carnicería del Subsuelo 23 y allí venían a parar todos los que no soportaban el trabajo en las minas de sal o en las galerías de abastecimiento de agua. Ahora todo ha cambiado, hemos emergido a la superficie, tenemos que protegernos los ojos con cristales oscuros y la vida es mucho más fácil, más..., más..., ¡sencilla!. Hay agua en abundancia, hay alimento animal y vegetal..., igual que en lo que veíamos en los viejos libros de la biblioteca de Angus. Tío Angus..., que buenos recuerdos, ummm..., ahora Angus ya no está; nos lo comimos la semana pasada por eso de no perder las viejas costumbres...

Juan Vte. Centelles (España)

Cordura⁴

(fragmento)

—Soy una regresión, Phy — empezó, hablando con más vivacidad que antes—. Una regresión a una época en la que la mentalidad humana era mucho más sana. Si mi caso se debió a las leyes de la herencia, o a determinados

accidentes ambientales, o a las dos cosas, es algo que carece de importancia. Lo cierto es que había nacido una persona que estaba en condiciones de analizar el estado actual del género humano a la luz del pasado, de diagnosticar su enfermedad y de iniciar su curación. Durante largo tiempo me negué a enfrentarme con los hechos, pero finalmente mis investigaciones — especialmente las relacionadas con la literatura del siglo XX— no me dejaron otra alternativa. La mentalidad del género humano se había convertido en... anormal. Gracias a algunos avances tecnológicos, que habían hecho mucho más fácil y sencilla la tarea de vivir, y al hecho de que las guerras terminaron con la creación del actual estado mundial, se demoró el inevitable derrumbamiento de la civilización. Pero no hizo más que eso: demorarse. Las grandes masas humanas se han convertido en masas de lo que en otra época recibió el nombre de neuróticos incurables. Sus caudillos se han vuelto... tú te has adelantado a decirlo, Phy... locos.

Fritz Leiber (EE.UU., 1910- 1992)

Antes de después

El jinete me avisó, sin apearse del caballo, que también la casa de Arístides se incendiaba. Yo no entendí lo que decía, pero no pude preguntarle nada porque se marchó al instante. Seguí tendiendo la ropa seca de los niños que ya no estaban. El cielo era azul como todos los días, con alguna pincelada de hollín. El viento soplaba los restos de un diario abierto, que al pasar a mi lado dejó una hoja engancharse en un broche. Me dio curiosidad leerla. “Tiempo

⁴ Sanity (1944),

sereno, algo nublado en el norte,
cenizas en el sur, temperatura
máxima 120, mínima cero grados.
Descuelgo rápido la ropa para que no
se dañe.

Adam Gai (Israel)

Rumbo al Este⁵

(fragmento)

El almirante les recibió
inmediatamente.

-¿Reconoce usted la autoridad de
este documento?

El almirante Chester leyó
atentamente la arrugada credencial,
deletreando en voz alta las palabras
más difíciles. Al terminar la lectura
movió la cabeza respetuosamente,
mirando primero el sello de los
Estados Unidos en el documento que
tenía ante sus ojos. Y luego la
brillante pistola que Jerry sostenía en
su mano.

-Sí -dijo finalmente-. Reconozco su
autoridad. ¿Es una pistola de verdad?

Jerry asintió.

-Una Caballo Loco del cuarenta y
cinco. El último modelo. ¿Hasta qué
punto reconoce la autoridad del
documento?

El almirante se frotó nerviosamente
las manos.

-Las cosas está muy confusas -dijo-
. Las últimas noticias que me han
llegado afirman que hay guerreros
Objiways en Manhattan... y que no
existe el gobierno de los Estados
Unidos. Sin embargo, esto -se
inclinó sobre el documento una vez
más-, esto es una credencial firmada
por el propio Presidente,

nombrándole a usted
plenipotenciario. Ante los
Semínolas, desde luego. Pero
plenipotenciario. El último
nombramiento oficial, si no estoy
mal informado, del presidente de los
Estados Unido de América.

Dio un paso hacia delante y tocó la
pistola que empuñaba Jerry Franklin,
con un gesto de curiosidad y de
interrogación al mismo tiempo.
Inclinó afirmativamente la cabeza,
como si acabara de llegar a una
conclusión. Irguiéndose, saludó
militarmente a Jerry.

William Tenn (Inglaterra, 1920)

La Huída

— ¿Te sientes cómodo, amor mío?

—Sí, princesa, esto es insuperable.

—Qué increíble poder ver a nuestro
planeta estallar en mil pedazos por
culpa de nuestra raza.

—En verdad fueron unos animales,
pero al menos nosotros hemos
logrado escapar.

La gigantesca pantalla mostraba el
final del planeta Tierra. Una
incommensurable llamarada de fuego
lo cubría de extremo a extremo. Era
indescriptible. Los dos últimos seres
vivos huían a salvo en la única nave
interestelar que había disponible. Se
lamentaban al principio, mas luego
reconocieron su suerte.

—¿En verdad podremos vivir para
siempre, querido?

—Esa es la meta, cielo, viajar por
el universo y dar testimonio de lo
que fue nuestra raza.

—Este líquido en el cual
descansamos resulta muy
refrescante.

⁵ Eastward Ho! (1958), F&SF.. *Seud.* de Philip Klass.

—Fue diseñado por nuestros padres alguna vez, cuando estábamos completos. Nos estuvieron preparando durante mucho tiempo y estos son los grandes resultados.

—Siempre te ha gustado viajar con lo justo, cariño mío.

Ambos sobrevivientes estaban conectados mediante unos electrodos a la Gran Computadora Central de la nave, la cual estaba conformada por un tipo de neurotransmisores humanos que lograban desenvolverse dentro de aquellas entrañas nucleares.

—Algún día nos toparemos con una raza hermana que nos comprenda.

—Y algún día encontraremos el modo de reproducirnos.

—Mientras nos tengamos el uno al otro nunca nos sentiremos solos. Te amo, Kara.

—Yo también te amo, Joel.

Con un parpadeo de sus mentes, los dos cerebros que reposaban en frascos, apagaron la pantalla para sumergirse en un intenso sueño y realizar sin más su insondable viaje hacia las más lejanas estrellas.

Carlos Enrique Saldivar (Perú)

Una cruz de siglos⁶

(fragmento)

—Mesías —musitó Nerina.

—¡Mesías! —se burló Tyrell—. ¡Un Cristo Blanco! ¡Príncipe de la Paz! Que pronuncia palabras de amor, que camina ileso en medio de las guerras más sangrientas que

jamás hayan asolado a un mundo... oh sí, una leyenda, amor mío, de dos mil años de edad y todavía más. Y una mentira, ¡Se han olvidado! ¡Todos han olvidado cómo fueron realmente aquellos tiempos!

Ella sólo pudo sacudir la cabeza en impotente desmentida.

—Oh sí —dijo él—. Tú no vivías todavía. Nadie vivía. Salvo yo, Tyrell. ¡Qué carnicería! Yo sobreviví. Pero no por predicar la paz.

¿Sabes qué les ocurría a los que predicaban amor? Morían... pero yo no morí. Yo sobreviví, no por predicar.

Se balanceó, riendo.

—Tyrell el Sanguinario —exclamó—. Fui el más sanguinario de todos. Lo único que entendían era el miedo. Y en aquel tiempo no se asustaban fácilmente, no los hombres semejantes a bestias.

Pero si me temían a mí.

Alzó las manos; los dedos como garras, los músculos tensos en un éxtasis de atroz recordación.

—El Cristo Rojo —dijo—. Pudieron llamarme así. Pero no lo hicieron. No cuando demostré lo que debía demostrar. Entonces me pusieron un nombre. Conocían mi nombre. Y ahora... —le hizo una mueca sarcástica—. Ahora que los mundos tienen paz, ahora me adoran como Mesías. ¿Qué puede hacer hoy Tyrell el Sanguinario? La risa le brotó lenta, horrible y satisfecha.

Dio tres pasos y la abrazó. La carne de Nerina se contrajo ante el contacto de tanta iniquidad.

⁶ A Cross of Centuries (1958), Star Science Fiction Stories N°4, ed. por Frederik Pohl.

Y entonces, súbita, extrañamente, Nerina sintió que el mal lo abandonaba. Los brazos rígidos temblaron, se retiraron, y luego la volvieron a estrechar, con frenética ternura, mientras él inclinaba la cabeza y ella sentía el repentino calor de las lágrimas.

Henry Kuttner (Inglaterra, 1915- 58)

Soy el último hombre sobre la Tierra

Los hombres apretaron el botón que soltó las ojivas llenas de odio, su ambición al poder fue su perdición. En el mundo estallaron las bombas nucleares, la radiación fue mortal y muchos perecieron, fue un Apocalipsis, un exterminio masivo.

Heme aquí, refugiado en una miserable cueva, acompañado de Samantha. Sí, tenemos relaciones sexuales con la esperanza de repoblar el planeta, de procrear niños, una futura generación, libre de los pecados cometidos por los hombres. No hay vestigios de más sobrevivientes. Ella y yo cogemos con vehemencia, como poseídos por la lujuria, pasan los años y nada, eso me llena de incertidumbre. Encaro a la bellísima y le digo.

—Samantha, ¿eres infértil? ¿Por qué no puedes embarazarte?

Apenada, me mira con vergüenza, no lo soporto y le recrimino.

—Di algo, no te quedes callada.

Murmura unas palabras, está temblando de miedo.

—Yo jamás podré embarazarme.

— ¿Por qué? Dime por qué.

Llorando angustiada, revela un terrible secreto que sus labios pronuncian.

—Soy un transexual, me operé para ser mujer.

—Maldita sea, me tenía que tocar un pinche marica.

Enfurecido por sus palabras tomé mi pistola, apunté hacia Samantha. Soy el último hombre sobre la Tierra o eso creía, ella suplica que no la mate, una bala se incrusta en su frente, miro el cadáver y con ironía digo.

— Soy el último hombre sobre la Tierra, ahora sí.

Tomás Pacheco Estrada / Jean-Pierre-Michel (México)

Cántico por Leibowitz⁷

(fragmento)

Se decía que Dios, para probar a la humanidad, había encomendado a los hombres sabios de aquella época, entre ellos al beato Leibowitz, que perfeccionaran armas diabólicas y las pusieran en manos de los últimos faraones. Y cuando se encontró en posesión de esas armas el hombre destruyó la mayor parte de la civilización y casi toda la población del mundo en el curso de unas pocas semanas. Luego del Diluvio de Fuego vinieron las plagas, la locura, y las sangrientas revueltas de la Edad de la Simplificación, cuando los furiosos sobrevivientes se habían vuelto contra los políticos, los técnicos y los hombres sabios, y les habían arrancado los miembros, destruyendo a la vez todas las obras y archivos con noticias que podían

⁷ Canticle for Leibowitz (1960), *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

llevar otra vez a la humanidad por el camino de la destrucción. Nada se había odiado tanto entonces como la palabra escrita, el hombre instruido. Durante este tiempo, precisamente, la palabra *simple* que antes se había empleado para nombrar al hombre común- empezó a significar honesto, recto, virtuoso.

Para escapar a la legítima ira de los simples todavía vivos, muchos hombres de ciencia y otra gente docta habían corrido a refugiarse al único santuario que aún podía ofrecerles protección. La Santa Madre Iglesia los recibió con los brazos abiertos, los vistió con ropas de monjes, y los ocultó a las multitudes. Estas estrategias no dieron siempre resultado. A menudo la multitud invadía los monasterios, quemaba los archivos y las escrituras sagradas, y colgaba a los sabios. Leibowitz se había refugiado entre *los cisterianos*, había profesado sus votos, y se había ordenado sacerdote. Al cabo de doce años se le permitió fundar una nueva orden monástica que llevaría el nombre de *los albertianos* en recuerdo de San Alberto el Grande, maestro de Aquino, y santo patrón de los hombres de ciencia. La nueva orden se dedicaría a la preservación del conocimiento, secular y sagrado, y los hermanos tenían la obligación de memorizar los libros y papeles que hubiesen podido escapar a la destrucción del mundo. Leibowitz fue identificado al fin como hombre de ciencia, y fue colgado de una horca ganando así el martirologio. La orden siguió viviendo, y cuando la posesión de textos escritos dejó de significar un peligro, muchos libros fueron reconstruidos de memoria.

Pero como la memoria de los monjes era limitada, y pocos eran capaces de entender las ciencias físicas, se concedió prioridad a los textos sagrados, la historia, las ciencias sociales, y las humanidades. De todo el vasto repertorio de conocimientos humanos sólo quedó una pobre colección de manuscritos.

Walter M. Miller (EE.UU., 1923- 96)

Solos en América

“Soy un sobreviviente del Apocalipsis, transmito en todas las frecuencias de AM. Si hay alguien allá afuera... Yo puedo darte comida, puedo darte refugio. Si hay alguien allá afuera, quien quiera que seas, por favor... No estás solo”.

Más de tres años transmitiendo el mismo mensaje a todos los rincones del mundo y jamás he tenido respuesta alguna. Tantas veces he pronunciado las mismas palabras que ya me salen sin emoción, me salen vacías... Y es que si comparo los primeros mensajes transmitidos, con esa intensidad y la desesperación con que lo hacía, sin duda esta señal y su modulación son un fiel reflejo de la pérdida de mi fe y mi absoluta desolación.

Eso sí, lo que no ha cambiado desde el primer día ha sido mi rigurosa rutina (sin duda para no caer en la locura), y por sobre todas las cosas no ha cambiado aquella canción que escucho al terminar la transmisión. Ésta canción se ha convertido en algo así como un himno personal, porque sin duda refleja por completo mi vida actual y también logra que, en algunos momentos, me transporte al tiempo en que su letra sólo era una curiosa

ficción matizada con la melodía que sólo un genio le podría dar. La escucho desde hace más de tres años y la voz de Miguel hoy pareciera tener más sentimiento que mi abúlico mensaje... Considerando que él sólo cantaba una simple invención salida de su gran talento.

“... no hay luz en el bar. Nadie espera un tren, no hay coches en el boulevard... De aquí puedo escuchar el ruido de las estrellas cayendo sobre el mundo...”

¿Qué habrá sido de ti Miguel?...
¿Estarás muerto como todos los demás?... ¿Pensaste alguna vez que se materializaría aquel Apocalipsis que tu voz cantaba?... ¿Creíste en algún momento, cuando ya nada existiese, que habría alguien en un rincón del mundo escuchando aún tu vieja canción?

“...Cae la noche y el sol mancha mi país, mi barrio de gris... Y no sé por qué no hay mensajes en la radio y el dinero cruza el viento...”

¡Oh Miguel, no sabes cuánto me ayuda la canción a sobrellevar esta soledad! Cierro mis ojos y me dejo llevar por su melodía y por un momento llego a creer que nada ha sucedido, que al abrirlos nuevamente veré esta ciudad tal como era antes: ruidosa, convulsionada, atestada de gente... Pero nada, ya nada queda de lo que conocí cuando siendo joven, encerrado en mi pieza, escuchaba a todo volumen tu hermosa canción.

“Europa no contesta... Estamos solos, solos en América...”

Miguel... tú y yo solos en América.

Mauricio Alberto Varas Velásquez
(Chile)

Campo de Concentración⁸

(fragmento)

Capítulo 89.

Mientras tanto, los titulares de los periódicos se vuelven cada vez más delirantes. Ha comenzado otra ola de súper asesinatos en Dallas y Fort Worth. Han habido tres asaltos a museos en una semana, y el Consejo Municipal de Kansas ha contratado a Andy Warhol como Comisionado de Parques. En verdad se termina el mundo; no por acción del hielo ni del fuego, sino por fuerza centrífuga.

Un ataque fulminante. Mi mano izquierda está paralizada, y escribo esto con mi índice derecho; una tarea laboriosa.

Por lo demás, contemplo la inmensidad de mi oscuridad, o para apostrofar a Milton, la luz sagrada.

Thomas Michael Disch (EE.UU.,
1940- 2008)

Balada Del Sobreviviente

Mais priez Dieu que tous nous veuille
absouldre!

François Villon

¿Por qué cantar si no queda luna

Por quién cantar, ni estrellas
visibles

Que abran camino entre los
cadáveres

De los que fueron mis
contemporáneos?

Me gritan: “hola, afortunado,

Déjanos escuchar tu guitarra

Para acordarnos del bello mundo

Que tres días de ruido callaron.

⁸ Camp Concentration (1968),

Entona al menos una plegaria,
¡Que nos aburre esta paz de
mierda!”.

Doy pasos en un mapa de ruinas
Y de autobuses carbonizados.
¿Llueve o son sus cenizas lo que
cae

Adentro de iglesias y hospitales?
Tampoco aquí puedo hallar reposo;
Muertos aferrados a una cruz
Miran como si hubieran perdido
Primero la fe, y luego el tiempo.
Ruegan: “¡peca ya con nuestro
cuerpo,
Que nos aburre esta paz de
mierda!”

Yo, que no fui santo ni mundano,
No merezco ser el último hombre
Ni tampoco amo entre los
espectros:
¿Estar en el medio es el peor
crimen
En la historia divina y humana?
Y éstos... ¿por qué lloran si están
muertos?
Son tantos que no se encuentran
solos,
Millones que están agusanándose
Y olvidando lo que significa:
“¡Qué nos aburre esta paz de
mierda!”

“¿Podemos llamarte Rey o
Príncipe?

Tú, que te salvaste del final”,
Dicen al creer que soy Jesucristo
Cuando sólo busco entre las piedras
Un revólver o una buena soga
Que me absuelva de esta paz de
mierda.

*Juan Ignacio Muñoz Zapata
(Colombia/Canadá)*

Post Bombum⁹

(fragmento)

- No, literatura no. Tenemos que
poner cosas fundamentales. Por
ejemplo, ¿qué es una bomba
atómica? ¿Cómo se hace? Eso sería
muy importante.

- ¿Bomba atómica? - dijeron los
otros dos. Un silencio compacto se
abatió sobre los tres hombres. La
lluvia seguía desmoronándose y
Morales debía proteger los vidrios
con su cuerpo para que el agua no
fuera borrando lo que escribía. En
eso el viento candente y húmedo
arrastró las hojas empapadas de un
libro que se habían salvado del gran
incendio. Anderson, el calvo, las
alisó y las trajo. Era un tesoro de un
valor incalculable para ellos: nada
menos que un tratado de anatomía,
de astronomía, de zoología. De
inmediato se pusieron a estudiarlo y
transcribirlo para sus hijos.

- A ver, el sistema nervioso, ¿qué
dice? - organizó Morales.

Silva, con su solo ojo, leyó: "El
cerebro es el sistema nervioso y
abarca todo el cuerpo. Yo, un
suponer, tomo un niño en cualquier
lado que sea, y le digo: - Vos acá
tenés nervios, y él no me puede decir

⁹ Memorias del futuro (1966). Editorial
Minotauro, Buenos Aires.

que no. El cerebro está protegido por un güeso que es un craño. Pero primero está el cerebello, y después está el bulbo raquídeo. Más tarde está la columna beltebral y adentro de la columna ésa hay como un cañito que recorre todo el cuerpo. Las circunbelaciones son como unos choricitos todos arrollados que son las cosas que nos permiten hacer las cosas".

- Extraordinario - dijo Morales -. Esto ya es otra cosa. ¿Qué dice ahí del glóbulo?

- Del glóbulo dice: "Qué porquería es el glóbulo". Después dice: "La digestión causa muchas enfermedades".

Así siguieron durante toda aquella tarde y otras muchas tardes, hasta que el hombre con un zapato de menos pensó que ya era suficiente y al otro día, por la mañana reunieron a sus hijos escualidos y empezaron a transmitirles sus conocimientos; bajo la lluvia incesante en aquel mundo arrasado por unos pocos hombres que habían acaparado los más sutiles y diabólicos poderes de destrucción, aquellos tres sobrevivientes se dedicaron a enseñar a sus herederos la ciencia que habían logrado recomponer a su manera, mientras las criaturas contrahechas que eran sus hijos los escuchaban en silencio, mirándolos con sus ojos sin vida:

- El cuadrado de 2 es 4. Por lo tanto, para hallar el cuadrado de un número se lo multiplica por 2, ejemplo: el cuadrado de 8 es 16, el de 12 es 24, el de 24 es 48...

Alberto Vanasco (Argentina, 1925-1993)

Post-Apocalipsis

Han pasado diez horas desde el Fin Del Mundo.

Bien pronto quedo claro que no podríamos desviar la "Doomsday Rock". Con sus seis millas de diámetro (aproximadamente del tamaño de la que barrió a los dinosaurios), impactaría contra la Tierra con la fuerza de un millar de bombas como la de Hiroshima.

Ahora, desde nuestra posición en la ISS (International Space Station), la Tierra parece tan inalterada como lo estuvo por tantos millones de años, mientras los mamíferos ocupaban los nichos dejados vacantes por los primeros señores de la creación. Pero

por supuesto que todo ha cambiado irremediablemente, y solo cabe esperar que para bien.

Repito: para bien. La justificación para las catástrofes: el Holocausto, la Peste Negra, los campos de muerte de Pol Pot, Katrina... nunca fue

exactamente el punto fuerte de las religiones. "Los designios de los



dioses son inescrutables”, nos explicaban siempre; todo lo que ocurre sirve a un propósito superior para nuestra pobre inteligencia humana.

Ésta, espero con toda mi alma, es la clave. Ahora que no hay ya dudas de que no estamos solos en el Universo, de que criaturas que solo podríamos comparar con dioses fueron las responsables de la "Doomsday Rock" y su trayectoria, no nos queda más que suponer que hubo un propósito superior en el acontecimiento que forzó finalmente a la humanidad a hacer las paces consigo misma, y a pesar de aislados casos de salvajismo, enfrentar con dignidad y aceptación su momento final. Que no llegaría esta vez, al menos, pues los dioses son también misericordiosos. Solo ellos enviarían un holograma en lugar de una Roca real.

Ricardo L. García (EE.UU.)

Dr Bloodmoney¹⁰

(fragmento)

¿Es eso todo lo que le interesa?, se preguntó, intimidado por ella, por su ceño fruncido y su rabiosa mirada, por lo sorprendente de su ofuscación.

—Seguro —dijo—, maldita idiota —pero ella no le oyó—. ¿La molestaba? —. Prosiguió, sin que ella le prestara tampoco atención; ahora estaba mirando con la misma ceñuda intensidad a otro que debía haberla empujado o dado un golpe—. Lo siento —dijo—. Lo siento, estúpida corneja, especie de... — siguió insultando a la mujer, insultando en vez de rezar, y

sintiéndose más aliviado así; más satisfecho consigo mismo.

Y entonces, en medio de sus insultos, tuvo una extraña pero vívida idea. La guerra había empezado, y estaban siendo bombardeados y probablemente iban a morir, pero era Washington quien les estaba arrojando las bombas, no los chinos ni los rusos; algo había fallado en el sistema automático de defensa allá en el espacio, y estaba desarrollando todo su ciclo de respuesta... y nadie podía detenerlo. Era la guerra y la muerte, sí, pero era un error; no había habido provocación. No podía sentir ninguna hostilidad de las fuerzas allá arriba. No eran vengadoras ni estaban motivadas; eran vacías, huecas, completamente frías. Era como si su propio coche lo hubiera atropellado; era real pero desprovisto de sentido. No se trataba de política, era una avería, un fallo, una casualidad.

Philip K. Dick (EE.UU., 1928-82)

Mundo de cromo

*Y la distancia se abrirá/y desde la luz
volará*

*/cónica y rauda flecha/acariciando
mis días*

*de silencio, días de silencio, días de
silencio.*

“Días de silencio” Luís.A.Spinetta de

“Mondo di cromo”

—“¿Dónde demonios estaba Dios cuando todo se fue al diablo? ¿Echando a suertes nuestra suerte?” —sabía que era inútil quejarse, pero tampoco era tiempo de plegarias.

Si encorbaba algo mi cuello podía ver el agujero azulado en el centro de

¹⁰ Dr. Bloodmoney, or How We Got Along After the Bomb (1965), Ace Books

mi pecho. Desde las luces sobre mi cabeza bajaban cientos de cañerías que se introducían en algún punto de lo que quedaba de mi cuerpo. Algunos tubos llevaban sustancias que me mantenían con vida, otros me alimentaban y los restantes me daban una falsa sensación de bienestar.

El viento entreabrió parte de la tela de la carpa que servía de quirófano de campaña. Afuera había cientos de toldos agitados por un viento cálido y rojizo que recordaba al *Sirocco*, ese céfiro ardiente y arenoso que llegaba de África hasta más allá de la Cerdeña. Este soplo traía arenisca y radiaciones en partes iguales.

Una voz metálica comenzó el conteo para realizar la operación, Toda la sala de intervenciones estaba robotizada. Eran máquinas que dirigían otras máquinas. Sus eficientes brazos hidráulicos colocaron en posición una especie de armadura que pasaría a formar parte de mi organismo. O viceversa.

Una vez concluida aquella manipulación de ingeniería biónica estaría listo para volver al combate. Pero con una ligera diferencia; estaría en el bando que iba ganando.

Ricardo Juan Benítez (Argentina)

A Cabeza descalza¹¹

(fragmento)

Algunos de los coches de los cruzados ardían como si fuera día de auto de fe en el campo, donde los *conducogados*, bebiendo animosamente, habían olvidado que el líquido dorado que vertían por las *autogargantas* ardía. Como imágenes masivas precognitivas del

futuro próximo, el olor del fuego trajo su rojez y su dolor temprano a la llama fatídica. Los neumáticos ardían sin llama, enviando una rastrera peste negra a través de la explanada donde estaban todos reunidos.

Uno tosía y no se preocupaba o bien se vendía nieve en barrancos más profundos para distraer las venas. Las figuras pequeñas, andrajosas y fugitivas constituían una tribu nueva, volando altos después del milagro gracias al cual el Maestro Charteris había muerto y se había vuelto a levantar brillantemente sólo tres minutos después de la *muerviaje* de muchos hombres en Aalter. Se divertían *tribalmente* fabricando leyendas. Florecían y desaparecían los grupos *musicuentos*, los relatos cantados se convertían en historia antigua antes de que la noche gírotoria rodara hasta su agotamiento. Algunas de las mujeres lavaban la ropa interior y la colgaban de cuerdas entre los *kerouacs* mientras que otras ponían a cien a los hombres o se autoerotizaban en los asientos traseros. Un millar de *conducogados*, la mayoría ingleses, se colocaban en la explanada rocosa, y la aguda palabra llegó a la ciudad de las agujas.

Allí, el péndulo de la vida descendía y el tiempo estaba maduro para la extensión de la leyenda; pues las cabezas endurecidas y los corazones de negocios encontraban que ahora sus ritmos eran menos puntualmente cronométricos y las especulaciones eran de otro tono. La guerra había desajustado el *relogno*, embrujando a lo largo y

¹¹ Barefoot in the head (1969), Best SF.

ancho todo un nuevo *terrimoto* censurado.

Brian W. Aldiss (Inglaterra, 1925-).

Apocalipsis Gay

Música, videos, sonidos salían de lugares oscuros, cercado de gemidos que excitaban la atmósfera. Deseo de piel haciendo ebullición. Comparsa de ánimas alteradas celebrando un carnaval atemporal. Estrecho abismo entre la imaginación y la realidad. Un chico bailaba solo viéndose al espejo, inmaculado, como ignorando dónde estaba.

Al salir, vi a uno que intentaba forzar una puerta. En las pantallas había un negro musculoso haciéndole una intensa cabalgata rítmica a un blanquito delgadito, con barba y con una cinturita estrechita, que ponía fantástica cara de *plador*¹².

Entré a otra cabina. Me asomé. Un chico inhalaba un frasquito mientras el otro lo penetraba sin preservativo. Suplicaba: “Abrime bien, dale hijo de puta, partime en dos”, e inhalaba un poco más, dos veces en cada narina. Recordé cuando probé *poppers* por primera vez: sentí la piel como plastilina y mi corazón latió como si me hubiera rozado un carro mientras pasaba la calle. Seguí viendo la porno en vivo que tenía al frente y me vino mi *gayanoia* por las enfermedades, tal vez ese chico que recibía esa estimulación prostática también estaba cogiendo un virus y en unos meses sabría la mala noticia. Su culo tan enfurecido de placer posiblemente le hacía olvidar que su vida estaba en riesgo.

Daniel Duque (Venezuela)

Fuga para una isla¹³

(fragmento)

En este punto ya no hubo razón para continuar y, después de que ella se vistiera, volvimos a casa de sus padres. Aquella noche retorné a mi habitación de la residencia y no vi a Isobel durante tres semanas.

Conforme las noticias fueron llegando hasta nosotros, se produjo una enorme especulación sobre las implicaciones de la guerra. El mayor peligro era que se extendiera desde África continental hasta el resto del mundo. Aunque el bombardeo acabó en cuestión de días, nadie supo o quiso revelar cuántas explosiones nucleares habían tenido lugar en África.

Las dos potencias principales se hallaban por entonces en el proceso de un desarme formal, con equipos de observadores en ambos continentes. El mayor peligro, por lo que concernía a ambas potencias, era China, que había estado acumulando dispositivos nucleares desde finales de la década de 1960. Se desconocían los intereses territoriales de China en África, y era imposible determinar cuánta había sido su influencia. Los materiales fisionables no eran, de una manera general, fácilmente obtenibles en África, como tampoco lo era la tecnología precisa para montar las armas. En estas circunstancias, pareció que una o ambas de las potencias habían estado abasteciendo ilegalmente a varios países.

¹³ Fugue For A Darkenig Island (1972), Faber & Faber.

¹² Placer sin dolor.

En efecto, la procedencia de las armas era irrelevante, estaban en África y habían sido utilizadas.

Hubo una primera ola de bombardeos y otra cuatro días más tarde. El resto del mundo aguardó inquieto, pero allí acabó todo. Las cosas comenzaron a moverse: las organizaciones benéficas lanzaron inmensos programas de socorro para los posibles sobrevivientes, las grandes potencias discutieron, amenazaron pero se acallaron. En Gran Bretaña, la noticia fue tomada con tranquilidad: el holocausto africano era la encarnación de algo terrible, pero no de algo que pareciera amenazarnos directamente. Y, en cualquier caso, nos encontrábamos en las últimas fases de unas elecciones generales, las anunciadas por John Tregarth seis meses después de que llegara al poder y las que le permitieron consolidar su mayoría.

Entretanto, llegaron informes de África que describían los horrores de la secuela termonuclear. Las ciudades importantes, en su mayoría, habían resultado parcial o totalmente destruidas; algunas seguían intactas. Pero África es muy grande; la mayor parte de la población sobrevivió al bombardeo. Muchas personas murieron después como resultado de quemaduras ocasionadas por altas radiaciones, por las mismas radiaciones y la radiactividad residual... Pero millones sobrevivieron.

Los contingentes de socorro fueron casi completamente incapaces de atender a los sobrevivientes. Muchos murieron; tal vez cinco millones y no todos a consecuencia del bombardeo.

Pero pese a todos los muertos, millones de africanos siguieron viviendo y la desesperación creció a la par que el hambre. Y como pareció que África continental había dejado de ser capaz de albergar vida humana, se produjo una emigración.

Empezó con lentitud, pero al cabo de tres meses creció hasta convertirse en un éxodo. Se empleó todo barco o avión que se encontró y se pudo gobernar. Los emigrantes no se dirigieron a ninguna parte en concreto... Pero lejos de África.

Christopher Priest (Inglaterra, 1943)

Legado Musical

Sentada en el borde del camino, Ana María sacó una libretita en espiral y se dispuso a proseguir con su recopilación de conocimientos:

—A ver, he vuelto a Hungría. Tenemos la capital. Antiguas poblaciones de Buda y Pest. Limita seguro con Austria. Formó parte del Imperio Austro-Húngaro. Bela Lugosi. También anoté los futbolistas que me dijiste: Czibor, Puskas y Kocsis. ¡Vaya nombres! ¿Escritores? Jorge, ¿has logrado que te viniera algún nombre? Bueno, supongo que algún día volverás a hablarme. Espero que sea pronto. No tenemos todo el tiempo del mundo y lo sabes. Estamos irradiados. Mejor no pensarlo. —Desde el momento del enfado, Jorge Strasser le había negado por completo la palabra — Volvamos a Hungría. Tampoco pintores, ni políticos... ¡Vamos bien! Hombre, me viene aquel pub húngaro que frecuentábamos en Londres... ¡Es broma! ¿Cómo se llamaba...? ¡Tu silencio! ¿Te acuerdas del dueño? Decía que si no

escuchaba completas “Las cuatro estaciones” tendría un problema existencial. No se equivocó. ¡Tienes que entenderlo! ¡Al móvil casi no le queda batería! ¿Sabes cuantas canciones fundamentales nos restan por entonar? ¡El mundo explotó, joder! ¿Y si tan sólo restaran nuestros recuerdos? Dijimos que si no estábamos los dos seguros... Ya grabamos “La Primavera”. Jorge, lo siento, pero la que tarareas sigo pensando que no pertenece a... ¿Quieres mirarme? ¡Hay que asegurar!

— ¿Acabaste con Hungría?

— ¡Vaya! ¡Pero si puedes hablar! Claro que no. Si ni tan siquiera empecé.

—Podrías dejar escrito para la posteridad que en Tu silencio servían buena cerveza. Y también que sonaba una pieza que a todos nos es familiar. La repetían varias veces a lo largo de las noches. Era de “El Invierno”. De una de las estaciones de Antonio Vivaldi. Sonaba así...

Rubén Martín (España)

Mundos Aparte¹⁴

(fragmento)

Qué año era. Íbamos alumbrar otra vez, dicen que al setenta por ciento de eficacia. Veré Épsilon.

A mi hija le está creciendo el pecho. Y me está molestando a propósito de la menarquía. No lo hagas, niña. Ponte un corcho. Sólo trae problemas. Pero no me hace caso.

Increíble, me han llegado noticias del viejo Jeff Hawkins. Se parece a

Moisés. Una comparación adecuada; está sacando a los niños del salvajismo. Fue al Cayo Oeste, que estaba relativamente intacto, y procedió a reconstruir la civilización. No está mal para un ex policía. Consiguió acabar con el asunto Manson y construir una especie de democracia primitiva a escala ciudadana al sur de Florida. Está en contacto con Europa y Suramérica y dentro de poco establecerán el comercio y la política. Y quizá no habrá guerra. Le deseo suerte. Es difícil conversar a un año luz, dos años entre las respuestas. Años terrestres.

Me es difícil precisar lo que siento por él. Los años entre la Tierra y Torch están constantemente en mi mente. Incluso después que le diera por muerto. ¡Pero hace tanto!

Al ver a Jeff y enviarle mi mensaje, me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que perdí de vista la Tierra. O Nueva Nueva. Siento curiosidad y les deseo que les vaya bien, pero cada uno tenemos nuestros propios asuntos.

Joe Haldeman (EE.UU., 1943-)

Flores de papel

El paisaje se extiende sobre el fondo blanco de una hoja.

Un trazo tenue se combina y enreda sobre una línea recta interrumpida por un ocho.

Luego una mancha azul y una fecha puesta con un numerador desalineado con una fecha imposible de más días de los que tiene un mes y en un futuro tan lejano que no podrán existir estos papeles con números de cuños o quien sabe.

¹⁴ Worlds Apart (1983), The Viking Press

El paisaje en fin se enmascara con otras cosas pintadas al azar como los números, números otra vez de teléfonos y nombres, flores, flechas, bolas, ojos como pintados al hablar pensando en otra cosa.

Todo el papel recogido prensado entre dos láminas, iluminado por un espectro que le arranca colores nunca vistos, imágenes que se analizan y transforman por las mentes que no comprenden cual es el mensaje de aquel objeto único, encontrado dentro de algo que debió llegar de un lejano planeta, con placas de metal perforadas por los meteoritos y quemada por fuerte radiación, como si hubiera salido del corazón de alguna estrella.

Bruno Henríquez (Cuba)

Trece años de deshielo¹⁵

(fragmento)

Aún soplaban helados vientos. Caía una nieve cenicienta. Pero el antiguo mar no tenía prisa.

La Tierra había girado seis mil veces desde que florecieron las llamas y murieron las ciudades. Ahora, tras dieciséis recorridos del Sol, ya no se elevaban volutas de hollín en los bosques incendiados, transformando el día en noche.

Seis mil ocasos habían llegado y se habían ido brillantes, anaranjados, glorificados por el polvo en suspensión desde que los altos y ardientes embudos perforaron la estratosfera y la llenaron de diminutas partículas de roca y tierra. La oscurecida atmósfera dejó pasar menos luz solar y el frío hizo su aparición.

Apenas importaba ya qué lo había provocado: un gigantesco meteorito, un enorme volcán o una guerra atómica. Las temperaturas y las presiones se descompensaron y soplaron grandes vientos.

Por todo el norte caía una nieve sucia y, en algunos lugares, ni siquiera el verano la hacía desaparecer.

Sólo el Océano, atemporal y obstinado, resistente al cambio, importaba realmente. Oscuros cielos habían venido y desaparecido. Los vientos producían atardeceres ocres y sombríos. En algunos lugares el hielo se acumulaba, y los mares menos profundos empezaban a descender.

Pero la decisión del Océano era lo único importante, y aún no había sido expresada.

La Tierra giraba. Los hombres seguían luchando, aquí y allá.

Y el Océano exhaló un suspiro de invierno.

David Brin (EE.UU., 1950-)

Ovejas o Cabritos

Esa mañana las noticias en la pantalla del vagón del metro eran temibles. Desde luego que uno se termina acostumbrando a estas guerras modernas, pero igual muchos abandonaron el refugio del holosistema al que iban conectados para levantar la cabeza con alguna ansiedad. Que todo pasara tan lejos no era ninguna garantía. El telediario enlazó con la videocámara de un misil intercontinental apartando nubes en su camino de muerte. Más abajo, una ciudad se agigantaba. Nos miramos con perplejidad cuando el

¹⁵ The Postman (El Cartero, 1985),

contorno se volvió conocido. No íbamos a asistir a otra vaporización en directo, íbamos a protagonizarla. Aún conservo el reloj pulsera que mi padre heredó de su abuelo. Miré la fecha. Qué mal día para que justo suceda el Apocalipsis, alcancé a pensar con vana melancolía. Y después nos cegó la luz. Y después, un trueno. Y después, un temblor. Y después el silencio.

Tengo un desdibujado recuerdo de lo que sucedió luego. Estábamos sepultados kilómetros bajo tierra y no sólo fue preciso atravesar por túneles aburridos de soledad, también hizo falta trasponer sucesivas capas de locura, desesperanza, ira, piedad, tristeza, miedo, resignación. Un pastor fanatizado nos arengaba repitiendo que los pecadores impenitentes ya habían sido purificados por el fuego y que, por nuestra fe, habíamos sido rescatados del Gehena. Finalmente emergimos. Nunca sabré si me tocó ser oveja o cabrito. No había ningún rey esperándonos. Tampoco ángeles. Sólo unos pocos mutantes tan sorprendidos como nosotros. Con menos determinación que necesidad, se prepararon para atacarnos. Tuve que matar a dos. Estoy seguro de que en sus ojos hubo agradecimiento. El infierno era todo nuestro.

Pablo Martínez Burkett (Argentina)

Hardwired¹⁶

(fragmento)

Ahora todas las ciudades costeras tienen un distrito de ese nombre, el correspondiente a los barrios bajos que quedaron inundados cuando empezó a subir el nivel de los

océanos, demasiado extensos para defenderlos con diques. Sólo Nueva York intentó poner puertas al Atlántico y se rodeó de un inmenso muro protector, pero resultó destruido durante la Guerra de las Rocas y ahora Manhattan es la Venecia más grande de todas: cuando las mareas altas de primavera, la mitad de la isla queda sumergida por las aguas grises. Las coronas de blanca espuma invaden las calles vacías, inundan las ruinas de los edificios que no se reconstruyeron y bañan las pantorrillas de las gentes que todavía viven allí, testigos de la lenta erosión de la metrópoli legendaria, inexorablemente reclamada por el mar.

En Tampa Bay, por el contrario, las mareas no crecen mucho, apenas una pulgada o dos. Aquí la Venecia es mucho más estable y la tranquila bahía se conforma con ir devorando la ciudad gradualmente. Los mordiscos más fuertes corresponden a las tormentas de verano. Cuando subieron las aguas, las autoridades dragaron y mejoraron el puerto, pero dejaron que los barrios residenciales y de oficinas decayeran; en cuanto a las lujosas urbanizaciones playeras, iban mermando milímetro a milímetro con cada reflujó. Es como si avanzase desde el mar un frente de devastación; los edificios más próximos están en ruinas y apenas se mantienen en pie un par de chimeneas. Más allá comienzan a inclinarse, como presintiendo la inevitable caída, o descubren los interiores saqueados a causa del derrumbamiento de la pared que daba al océano. Algunos parecen casi intactos: muros de piedra de algún viejo mastodonte administrativo, manchados de

¹⁶ Hardwired (1986), NY: Tor.

humedad pero todavía desafiantes. Y más adentro, donde las aguas que inundaron los antiguos pavimentos apenas alcanzan un palmo o dos de profundidad, los edificios permanecen enteros, se diría que casi habitables.

También éstos han sido desvalijados, naturalmente, y están sin muebles, cañerías ni instalación eléctrica. Después de la guerra sirvieron de abrigo a miles de refugiados que acudían a la Florida ocupada huyendo de la devastada zona Norte. La presencia de estos desheredados de la fortuna no contribuyó a mejorar la situación precisamente, pero algo dejaron, aparte sus montones de desperdicios: muebles procedentes de los saqueos, o de fabricación propia, colchones, sábanas en jirones, montones enmohecidos de prendas viejas, cosas que podían ser de utilidad para una próxima generación de refugiados.

Williams Walter Jon (EE.UU., 1953.)

Estación A

A Ricardo por su inspiración y ayuda

La voz retumba como encerrada en un recipiente metálico.

“Corre desnudo, huyendo despavorido. Ha recorrido diez veces, antes de llegar, la distancia que hay entre el punto de partida y la estación A”.

—Nada podía ser peor, dijeron. Obedecimos a fe ciega. El paso del tiempo nada cambió. ¡Ojala alguien esté al otro lado del intercomunicador! Me incomoda seguir solo... y este lugar parece no tener fin.

“Respira con dificultad, la comprensión de su lenguaje se complica”.

— ¿Te importa que me sienta? Cómo va a importarte, si no puedes verme. Nada es como lo recordaba. Sin ir más lejos, fue aquí... O no... Disculpa.

“Desvaría, aparecen los primeros síntomas, confiaba en la fuerza y la astucia de este individuo, ahora comienzo a dudar”.

—Revivo las imágenes como un mal sueño exento de color: el desfile de aquellas tropas automatizadas, creadas para sofocar las turbulentas manifestaciones de quienes deseábamos poner fin a todo; las largas colas sanitarias; el camino a los refugios; aquella cerrazón de los políticos... Te preguntarás por qué te cuento... Lo necesito. Después de todo el esfuerzo, del tiempo que pasamos aislados los unos de los otros, de las precauciones desmedidas ante el contagio...

“En su llegada a la estación A, ha respondido correctamente. Se desconcertó al no hallar a nadie, pero no ha decaído”.

—Me incomoda saberme el último hombre vivo... A las epidemias le siguió el exterminio... Mis compañeros cayeron. Me decidí a salir al quedarme solo. ¿Qué esperanza me queda?

—Gracias. Tire de la palanca roja, recoja su premio y continúe el camino. —La voz de resonancia metálica ahora se escucha en la estación.

— ¿Hay alguien? Sí, debe haber alguien. Y esto parece comida... — engulle y cae narcotizado en el suelo.

“Aprovecho el estado de somnolencia del individuo para inocularle una dosis del antídoto y lo retorno al punto de partida. Se ha despertado. Corre. Pulso el

cronógrafo. Le queda mucho camino hasta llegar a la estación A. El profesor estará contento, creo que el sujeto número 6873/881212, que ha vencido al hambre y superado la enfermedad, podrá sobrevivir a la guerra”.

Carmen Rosa Signes U. (España)

Después de la guerra

El último ser humano vivo lanzó la última paletada de tierra sobre el último muerto. En ese instante mismo supo que era inmortal, porque la muerte sólo existe en la mirada del otro.

Alejandro Jodorowsky (Chile, 1929)

Cataclismo tecnológico

Todo acabó.

Acabaron la luz eléctrica, las fábricas de fibrocemento, los rascacielos de Manhattan. El cálculo infinitesimal, las vacunas anti- algo, los teléfonos celulares, los mandos a distancia, todas las computadoras. También se esfumaron las ollas de presión, el gas manufacturado, la Coca Cola, la comida chatarra, los microwave. Desaparecieron las joyerías Tyffani's; Ralph Lauren y Chanel se extinguieron de la galaxia. Ya no hay Miss universo, ni limonsinas, ni Mercedes-Benz, ni taxis amarillitos. ¡Se perdieron los recogedores de basura, los robots que limpian, los ascensores! Voló Moscú, Alemania, Japón y la pobre París ya ni vale una misa.

Todo fue tras aquel diluvio.

Ahora solo quedamos nosotros y una vaca que apenas da leche.

Hemos vuelto a la nada.

Amanda Rosa Pérez Morales (Cuba)

Sola y Su Alma¹⁷

Una mujer está sentada sola en una casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto. Golpean a la puerta.

T. Bailey Aldrich (EE.UU., 1836-1907)

El Cuento

Y llegó el último amanecer. Los rayos del sol iluminaron los restos de la civilización destruida, entre los que se arrastraba, agonizante, el último ser humano vivo.

-Y así acaba el cuento –dijo la madre mientras cerraba el libro y arrojaba con esmero a su retoño – Ahora es momento de que duermas y descanses hasta mañana.

-Es un cuento muy triste, mamá – murmuró el pequeño con voz cansada y sin poder reprimir el sueño.

-Es triste, pero tiene su moraleja. Ahora olvídate de él, duerme y soñarás con cosas maravillosas - La madre besó a su hijo y apagó la luz al salir del cuarto.

-¿Ya se ha quedado dormido? – le preguntó su esposo, que la esperaba en la habitación contigua.

-Sí, querido - Ella se sentó al lado de su pareja y, a través de un amplio y acristalado ventanal, ambos estuvieron un rato en silencio mientras contemplaban las estrellas, infinitas y hermosas, en una noche limpia y clara.

-Está por allí, aproximadamente, ¿no? – dijo a su esposo al cabo de un tiempo mientras señalaba un determinado lugar en el cosmos.

¹⁷ Works, vol. 9, pág. 341 (1912)

-Sí, querida – asintió él – Esa pequeña luminosidad debe ser el planeta donde toda esa civilización se autodestruyó por completo.

-Algún día nuestro hijo descubrirá que no es un cuento, pero ha de ir conociendo... – la mujer se sintió abatida.

Se produjo un triste y cómplice silencio y después, mientras las estrellas titilaban en un cielo profundo y eterno la pareja de marcianos, imbuida por una extraña sensación de pérdida, se fundió en un amoroso abrazo de tentáculos color turquesa, y se besó con cálidas y bífidas lenguas.

Francisco J. Segovia Ramos (España)

Sólo vine a hablar por teléfono

Una tarde de lluvias primaverales, cuando viajaba sola hacia Barcelona conduciendo un coche alquilado, María de la Luz Cervantes sufrió una avería en el desierto de los Monegros. Era una mexicana de veintisiete años, bonita y seria, que años antes había tenido un cierto nombre como artista de variedades. Estaba casada con un prestidigitador de salón, con quien iba a reunirse aquel día después de visitar a unos parientes en Zaragoza. Al cabo de una hora de señas desesperadas a los automóviles y camiones de carga que pasaban raudos en la tormenta, el conductor de un autobús destartado se compadeció de ella. Le advirtió, eso sí, que no iba muy lejos.

- No importa -dijo María-. Lo único que necesito es un teléfono.

Era cierto, y sólo lo necesitaba para prevenir a su marido de que no llegaría antes de las siete de la noche.. Parecía un pajarito ensopado,

con un abrigo de estudiante y los zapatos de playa en abril, y estaba tan aturdida por el percance que olvidó llevarse las llaves del automóvil. Una mujer que viajaba junto al conductor, de aspecto militar pero de maneras dulces, le dio una toalla y una manta, y le hizo un sitio a su lado. Después de secarse a medias, María se sentó, se envolvió en la manta, y trató de encender un cigarrillo, pero los fósforos estaban mojados. La vecina del asiento le dio fuego y le pidió un cigarrillo de los pocos que le quedaban secos. Mientras fumaban, María cedió a las ansias de desahogarse, y su voz resonó más que la lluvia o el traqueteo del autobús. La mujer la interrumpió con el índice en los labios.

- Están dormidas -murmuró.

María miró por encima del hombro, y vio que el autobús estaba ocupado por mujeres de edades inciertas y condiciones distintas, que dormían arropadas con mantas iguales a la suya. Contagiada por su placidez, María se enroscó en el asiento y se abandonó al rumor de la lluvia. Cuando se despertó era de noche y el aguacero se había disuelto en un sereno helado. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había dormido ni en qué lugar del mundo se encontraban. Su vecina de asiento tenía una actitud de alerta.

G. García Márquez (Colombia, 1927)

Déjenme dormir Un Poco Más

*“Déjenme dormir un poco más,
afuera se respira la soledad
como si fuera un cuerpo decadente.
Quiero quedarme aquí acostado,
olvidar por siempre quien fui.
Perdónenme, no puedo seguir.”*

¿Desde cuando estará este cadáver aquí? se dijo Elsa, que leía el papel amarillento que encontró sobre el infeliz.

El sol estaba por ocultarse, se quedaría ahí por esa noche. Selló las ventanas y bloqueó las puertas. Afuera estaría lleno de infectados que con gusto se alimentarían de ella. Luego con una sábana manchada de sangre tapó al “poeta”.

En cuanto anoheciera, no habría lugar más seguro que esa casa, si se le pudiera llamar casa a un lugar con más muertos que una morgue. Había sido un suicidio en masa, seguramente orquestada por al que llamó “poeta”. Llenó esa habitación con los cadáveres que no se deshicieron en sus manos. Luego hizo leña con los muebles que encontró y encendió la chimenea. Se sentó enfrente del fuego, a pensar con el estómago vacío, pero tranquila y dentro de lo que cabía, segura. Dejó la escopeta a su alcance. Afuera no se escuchaba nada, un terrible silencio rodeaba la casa. Nunca se hubiera imaginado hasta qué grado puede uno cambiar ante las peores circunstancias. Había sido capaz de matar a sus padres y hermanos, pero mejor eso a que enfermaran y se comieran entre ellos. La epidemia del siglo, el arma secreta en la última guerra. Y ella lo había sobrevivido. Pensando en eso, se quedó dormida. Soñó con un campo sembrado de rosas negras y que necesitaba cruzarlo. Del otro lado su madre le llamaba pidiendo auxilio. A cada paso que daba iba dejando un pedazo de carne en las espinas. Cuando llegó al otro lado su cuerpo estaba al rojo vivo de sangre, podía ver su corazón palpitante.

Despertó con su propio grito. Miró su brazo, estaba negro. Lo sabía, la única solución para deshacerse del virus era matando al portador. No lo pensó dos veces.

Erath Juárez Hernández (México)

Vedado y Playa

El pobre tipo cayó de hinojos ante mí. Tenía, por supuesto, cara de haber perdido en un solo golpe familia, amigos e ídolos de juventud.

Le saqué una cerveza de la neverita que tenía junto a mi butaca. La frialdad de la botella le sorprendió.

— Puse un artefacto fotovoltaico —expliqué—. Los electrógenos meten ruido.

Se dejó caer a un lado, aferrando la botella, y rompió a llorar.

— ¿Qué parte de La Habana quieres? — Pregunté mientras le alcanzaba un abridor—. Menos Habana Vieja y Fontanar.

Juan Pablo Noroña (Cuba)

Dos mujeres se desangran sobre el polvo

Se odiaban desde siempre. Muchos arañazos y tirones de pelo se habían dado en la primaria, y más de un moretón en la adolescencia. Mas el rigor universitario, la presión social y el imperio de la ley las había reducido a puyas, chismes y competencias de vestuario. Ahora se volvían a ver, ante un paisaje desolado, de ruinas y destrucción, como las únicas hembras fértiles sobrevivientes, las dos Evas del futuro.

Juan Pablo Noroña (Cuba)

Post- Apocalipsis

Cuando explote el volcán
 Cuando la tierra se hunda
 Cuando el sol se esconda
 Cuando se apague la luna.

¿Papá donde están los árboles?

Se hicieron astillas.

¿Los pájaros y las flores?

No quedo ninguna.

Cuando explote el volcán
 Cuando la tierra se hunda
 Cuando el sol se esconda
 Cuando se apague la luna.

¿Qué es eso que vuela,

Parece una bruja

Tiene una guadaña

Empieza la siega?

Cuando explote el volcán
 Cuando la tierra se hunda
 Cuando el sol se esconda
 Cuando se apague la luna.

¡¡Se acerca, se acerca!!

No temas mi niña.

Papá está contigo

Que empiece la siega.

Cuando explote el volcán
 Cuando la tierra se hunda

Cuando el sol se esconda
 Cuando se apague la luna.

Saca la guadaña

Cortó las cabezas

Vienen los jinetes

Las miran, y las llevan.

Cuando explote el volcán
 Cuando la tierra se hunda
 Cuando el sol se esconda
 Cuando se apague la luna.

Se llevaron la alegría

Se llevaron la inocencia

Se llevaron la hermosura

Se llevaron la vida.

Ángela Ruano (España)

Después

Viajábamos casi por el centro de la Vía Láctea cuando, en el extremo opuesto de la espiral, detectamos una explosión en cadena de varias supernovas; los restos de esta avanzaban, muy rápido, en dirección al Sistema Solar. El capitán dio la orden de cancelar urgente la misión y dirigimos directo a nuestro planeta, ¡teníamos que avisarles! Pero no pudo ser; los impactos de millones de cuerpos celestes, provocaron desolación y desastre.

Aproximadamente cien naves, giraban como satélites alrededor de la Tierra, imperando en todos la misma pregunta: ¿qué hacer? La comunicación era muy difícil, debido a la densa niebla que nos rodeaba,

como resultado de la hecatombe ocurrida.

Lentamente comenzó la retirada de algunas, inexplicable para nosotros, que, a pesar de no poder interpretarlo, recibíamos del planeta yermo, un mensaje de vida. Lo desciframos al fin: *“Intenten salvarse en la inmensidad del Universo, aquí, los más débiles, ya se van convirtiendo en comida”*.

Pero no lo hicimos, y con la ayuda de los que pensaron igual, rescatamos; sino a todos, a muchos que ahora viven en este planeta artificial; donde tú naciste.

Omar Martínez (Cuba)

El último

Charlton Heston era un hombre de voz terrosa y balbuciente. Su vida social no había sido precisamente amplia antes de la muerte de su mujer y de su propia jubilación. Tras estos acontecimientos, sin embargo, los mínimos lazos con el mundo exterior quedaron truncados. Sus únicas excursiones fuera de casa consistían en fugaces visitas mañaneras a la tiendita de la esquina. Había enflacado unos veinte kilos, simplemente sentándose en el sillón de su sala, fumando un cigarrillo tras otro. Finalmente acabó habitando un área que abarcaba el pensamiento consciente, los sueños y la lectura obsesiva de ciencia ficción, pero en la que no resultaba fácil discernir los confines entre estas tres realidades. Resultó demasiado, incluso para Charlton Heston. De ahí que, cuando se presentó una soleada tarde, él decidiera salir de su fría y solitaria casa. Entonces un periódico vagabundo le informó que quizá se había perdido de algo importante,

pues los simios ya gobernaban el planeta y probablemente él fuera el último de su especie.

—Ni pedo —dijo en voz alta, al tiempo que encendía un cigarrillo.

Francisco Enríquez Muñoz (México)

Insisten los héroes, y los estúpidos

Rodeados por los gastados rostros de las estatuas de mármol, entorpecidos por la lluvia lenta y fina, sufren la desesperanza que acarrea dolores y sentimientos, que recorren sus mentes como si fueran venas polvorizadas.

La rutina y el cansancio fueron venciendo a la voluntad de seguir, convirtiendo cada paso en un lamento, y cada lamento en una razón para detenerse. Los que han quedado en el camino ahora son como arbustos torcidos por el frío y el tiempo, los pocos que siguen andando son unas sombras corpóreas que se abren paso a través del miedo a la muerte.

Y la meta, al final del camino de losas blancas, es un resplandor que flota a lo lejos como un grito materializado: la salvación de su mundo, y las maravillas de los secretos antiguos; pero también está la triste y absoluta certeza: todo es mentira, no una ilusión, no una esperanza equivocada, sino un engaño cruel. Sólo podemos seguir, insistiendo en este purgatorio, en busca al menos de una muerte adornada con la ilusión del heroísmo.

Miguel Ángel Iglesias (Cuba – México)

Insomnio

Nada es tan veraz como no dormir por más caótico que sea el escenario de veleidades y disputas de tensiones y muestras de excentricidades sin vida, porque el ruido de la Tierra no es precisamente un cuento, es la bacteria del origen en el principio final. La orquesta de necesidades o verdades y el calor invisible de la posteridad sin pensamientos pero tampoco el mismo deseo de invadir con la variable atmósfera sin lluvia sin maná.

Existe una existencia y esa no es popular, no deambular no titubear sólo se te concede quejas...

¡Por fin no hay música!

Un montón de montones de contables raudales de oxígeno.

¡La música no me dejaba atraparlo (el oxígeno)!

¿Pero entonces qué es lo que ha pasado?

Pues que nada ha ocurrido como que no hay viento, ni palabras, ni escenario. Somos brujos de la escena, somos algo que debería haber existido y no existió.

¿Partiendo de lo común hay algo que tenga que ver con nuestro genoma y lo más recientemente pasado?

¿Algo histórico partiendo del abismo separativo entre especies humanoides y razas ininteligibles?

¿A qué orden comienzan a alterarse los verdaderos sentidos o instintos...?

En eso no hay predominancia, cualquiera podría asumir un papel que no le corresponde ahora que empieza a ser realmente sugerente la

ambigüedad con que destaca lo más útil en el intento de una vida por más cargada de lo normal, más meramente ambiental pero arruinada en su vuelta atrás porque el mecanismo de respuesta ante tanto tumulto nunca es lo que fue, nunca responde a la crítica de una veracidad tampoco nunca plasmada, pero sí reflejada.

El arte muere en sí, la palabra muere, la lógica muere en situaciones como tal, ¿pero la memoria? ¿El encéfalo, el cerebelo?

Eva Barberá del Rosal (España)

La duda

Un instante, o una eternidad, demoraron los millones de almas de hombres, mujeres, niños y niñas en sortear los escombros del planeta, salir al espacio abierto y reunirse. Y allí fue donde se preguntaron: Y ahora, ¿cómo demonios vamos a reencarnar?

Yunieski Betancourt Dipotet (Cuba)

La pena

El batallón del despene pasaba por las ciudades una vez por semana. Colectaban los cadáveres y los enfermos y se los llevaban. Era difícil saber qué hacían con ellos, pero lo cierto es que jamás volvían, ni unos ni otros. Sólo regresaba el batallón. Los coraceros del batallón vestían un vistoso uniforme, marchaban con ánimo, se acercaban a su objetivo sin disimulo y nadie les oponía resistencia ni parientes ni deudos, aun sabiendo que no volverían a saber nada de sus enfermos y muertos.

Pasaban en silencio o apenas acompañados por el frufrú de las

vestimentas. Sin gritar quitaban la pena de las casas. Una vez por semana, hasta agotar el stock.

*Héctor Francisco Ranea Sandoval
(Argentina)*

Sobre El Apocalipsis

El fin del mundo; así, para empezar. En mitad de la destrucción dos supervivientes, desnudos a causa de la explosión, la penuria, poco importa ya. Dos únicos supervivientes que acaban de encontrarse, guiados por la necesidad de saberse acompañados.

—Soy Eva —dice ella, tapando su desnudez lacerada.

Él cubre sus llagas con una hoja de parra.

—Adán.

Un tímido rayo de sol se abre paso entre el hollín suspendido. La brisa aleja el hedor de la carroña dónde ningún ser humano puede olerla. Adán y Eva se toman de la mano, alejándose de espaldas al lector, tragados por el humo y la ceniza.

—Soy estéril —dice ella.

Él aprieta su mano con fuerza. Nunca hasta entonces había creído en Dios.

—Yo homosexual.

Vittt, seud. (España)

Sobre Cifras Y Letras

157.256 personas perdieron la vida durante los bombardeos. La ciudad había sido reducida a un fino polvo gris, mezcla de hormigón y huesos. El único edificio que se mantuvo pie fue La Gran Biblioteca. Los supervivientes bajo su techo murieron creyendo que se trataba de un milagro. Pero no hay moraleja,

parábola o alegoría a la que aferrarse; los libros habían sido quemados antes de empezar la guerra. Sus cenizas se confunden ahora con las de la gente muerta.

Vittt, seud. (España)

The end

Tanto trastear con virus letales, y aquí estamos... La guerra biológica concretó una de las pesadillas más recurrentes del cine *gore*. Ahora vagamos entre las ruinas de la ciudad devastada. El hambre hace que desconfiemos unos de otros: no se comparten ni la comida ni su localización. Si nos topamos en la calle, nos golpeamos hasta caer rendidos, aunque no podamos volver al sueño del que nos han despertado las cepas mutadas.

Se rumorea que todavía hay alimento en las colinas. Pero, ¿cómo saber si no se trata de una mentira para despistar? Y aunque el dato fuera cierto, ¿qué haremos cuando se acaben los comestibles? Cada día hay más bocas famélicas.

Sí, todo es muy similar a esas viejas películas, que hasta pronosticaron nuestros movimientos desarticulados. La coincidencia sería total si no fuera por un detalle: los zombis somos dolorosamente conscientes. Recuerdos, temores y anhelos resucitaron junto con nuestros cuerpos fétidos.

Hallaremos a los últimos humanos vivos. Partiremos sus cráneos, morderemos y succionaremos.

¿Y luego? Un *crescendo* musical siniestro. Y los títulos, trepando sobre una toma aérea de la metrópoli arrasada.

Néstor Darío Figueira (Argentina)

Salida al exterior

Andrew era uno de los afortunados que había sobrevivido. Sus vecinos se habían burlado de él llamándole paranoico y chiflado. Pero sabía que otros pensaban como él. Compartiendo información en revistas y listas de correo de supervivencia, construyó un refugio nuclear privado, en el que acumuló armas, medicinas, equipo y víveres.) Ahora meses después realizaba su primera incursión en el al exterior, al haber bajado el nivel de radioactividad. Con suma precaución abandonó su refugio y salió a la calle. Sus estúpidos vecinos estarían muertos y él seguía vivo. Comenzó a caminar por una Dallas muy distinta a la que había conocido toda su vida, desierta y silenciosa, entre los edificios derruidos. Su primer objetivo era buscar alguna instalación subterránea donde pudiera haber depósitos de agua y comida. Lo que hubiese pasado a sus confiados conciudadanos le traía sin cuidado. Al doblar la esquina se llevó la primera sorpresa. Un grupo de hombres y mujeres caminaban en fila, en silencio, portando túnicas negras. Andrew se ocultó tras la esquina de un edificio derruido empuñando su fusil de asalto con fuerza, tratando de controlar la respiración tras su máscara antigás. Estaba en graves apuros, lo habían detectado, no sabía cómo, y venían a por él. Era irónico sobrevivir a un holocausto nuclear, y terminar su vida en manos de una secta de supervivientes enloquecidos. No se entregaría sin luchar. Disparó, a los que iban en cabeza, una lluvia de balas. Vio cómo caían, pero al cabo de un par de segundos comprobó

aterrorizado que volvían a levantarse. Era imposible, nadie podía sobrevivir a unas balas de ese calibre a tan corta distancia. Huyó chillando enloquecido pero eran rápidos y pronto lo alcanzaron. Al acorralarlo contempló que eran tenues como un espejismo. Durante un momento creyó caer en la locura más absoluta hasta que miró su propio cuerpo. Él empezaba a fluctuar también.

Juan José Tena (España)

Un vaso de agua para el Señor

*¿Cómo saber que torturado eres,
o qué forma de muerte estás viviendo
entre tanto hombre roto?*

César López Zarragoitia.

Cansado, llegó el anciano hasta el portal donde la señora, sentada en la poltrona, sacaba notas de un libro.

—Señora —dijo —le agradecería tanto un vaso de agua.

—Claro que sí, pero permítame terminar esta idea. Leo sobre el Apocalipsis y lo que vendrá después y es deprimente pensar que habrá guerras, hambre, pestilencias. Pero además habrá desastres naturales como advertencias de Dios al mundo, porque aquellos que adoran a la bestia serán atormentados para siempre, y los que guardan los mandamientos de Dios y su fe en Jesús, reinarán con él en el paraíso. Claro que eso sucederá cuando Jesús vuelva.

— ¿Y qué le hace pensar que no ha vuelto ya y camina entre nosotros, y no nos hemos dado cuenta por andar ocupados en el melindre de los rezos y los ruegos?

—No es posible —respondió ella —además, todo eso sucederá después.

— ¿Y si ya sucedió? Es más, ¿y si está sucediendo ahora mismo?

—Sería horrible —respondió aturdida la señora.

— ¿Cómo saber si es aquel que esta muriendo en medio de una guerra? —Añadió el viejo — ¿Y que me dice de los tsunamis, los tifones, los huracanes, las sequías que están acabando con la humanidad? ¿No es eso lo que dice que vendrá después?

—¡Qué horror! —Enfatizó la señora —Andamos buscando en las estrellas la señal prometida del regreso y no nos hemos dado cuenta, de que posiblemente él ya regresó y está aquí entre nosotros, soportando nuestras torpes acciones. Qué terrible percatarnos de que a lo mejor ya sucedió y no lo vimos, y que por ello pudiera repetirse en su persona la historia de Belén al calvario. ¿Quién puede asegurarnos que no es usted mismo? ¡Ay Señor, su vaso de agua!

Margarita Carvajal Pradas (Cuba)

Post-Apocalipsis

¿Y quién demuestra que no somos parte de él?

Dios ya ha muerto.

Amanda Rosa Pérez Morales (Cuba)

Conteo

Comienzo a contar los segundos que pasan. Uno. No reconozco esto que me rodea, es luz u oscuridad, acaso son imágenes de mi vida o de la de otro. No lo se. Uno. Una vorágine incontenible que no me dejar pensar, no me deja estar solo,

no me da quietud, no me deja existir. No, son mis recuerdos los que me provocan eso. En ellos estaba en un hospital y llevaba una bata blanca ¿Acaso era doctor? No lo se, el mundo parecía confuso e ignoro el porqué. Veo personas que no conozco visitándome. Ellos usaban bata también pero distinta, la mía estaba al revés y no dejaban moverme, me daban medicamentos que me dejan tirado en una cama. Después de esas borrosas figuras veo una explosión que me hace desaparecer. Ahora ya aclaré mis ideas, ahora mis pensamientos corren libremente, existo. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Uno.

Carlos Iván Martínez Reyes (México)

El Día De La Crisis

Amaneció un día en que los hombres y mujeres de todo el mundo comprendieron, y tomaron la decisión de no pagar sus deudas a los bancos. De la noche a la mañana, como si un dios desconocido hubiese implantado la idea en las mentes y los genes de todos los seres humanos, millones de personas se negaron a saldar sus hipotecas, préstamos y débitos de generaciones con la Banca. Los cimientos del Sistema temblaron. Al principio ligeramente, pero ese movimiento ciudadano fue creciendo en intensidad y gravedad, como un terremoto de poca intensidad pero de larga duración, y finalmente provocó una catástrofe financiera sin parangón en la historia conocida.

La bomba informativa estalló el sexto día de la crisis, cuando varias grandes multinacionales se quedaron sin recursos económicos por falta de pagos. Los líderes mundiales se

pusieron tan nerviosos que incluso perdieron sus formas educadas ante preguntas incisivas de los periodistas sobre la situación financiera. El décimo día las fuerzas del orden salieron a la calle para reprimir a las decenas de miles de personas que se manifestaban exigiendo el reparto de lo que unos pocos escondían en sótanos acorazados o paraísos fiscales. Transcurrido un mes, miles de bancos y sedes de grandes corporaciones ardían de la mano de furibundos y vengativos ciudadanos.

Cuando había pasado un año el Sistema estaba destruido. Seis mil millones de hombres y mujeres pobres, pero libres de deudas, miraron al cielo, que seguía en el lugar de siempre. Por vez primera se sintieron libres, atravesaron todas las fronteras y se pusieron a hacer las cosas de una forma totalmente diferente.

En las sombras, sin embargo, un antiguo y paciente banquero comenzaba a hacer otra vez las viejas cuentas.

Francisco J. Segovia Ramos (España)

El fin

Marta, la tía más buena del barrio, se encuentra con Toni.

-¿No te has enterado?

-Pues no, Toni.

-Dentro de diez minutos se termina el mundo. Lo acaban de decir en la tele. Un meteorito se estrellará y destruirá la tierra.

-¡No fastidies!

-Sí, va a suceder lo mismo que cuando se extinguieron los dinosaurios.

-¿Y qué pasará después?

-Pues que se acabó. El planeta explotará, se convertirá en una gran bola de fuego. Nos freiremos vivos. Moriremos calcinados. Y los pocos que sobrevivan mutarán y se convertirán en criaturas monstruosas con un sinfín de ojos y cabezas.

-¡Vaya mierda!—exclama Marta—. Hay tantas cosas que me gustaría hacer.

-¡Como qué!—replica él.

-Viajar a Roma, ir a un parque de atracciones, conocer otras culturas, leer un montón de novelas, observar las puestas de sol, vislumbrar las estrellas...

-Ya, pues quedan nueve minutos—suelta Toni mientras comprueba su reloj suizo.

-¿Y a ti, te queda algo por hacer?

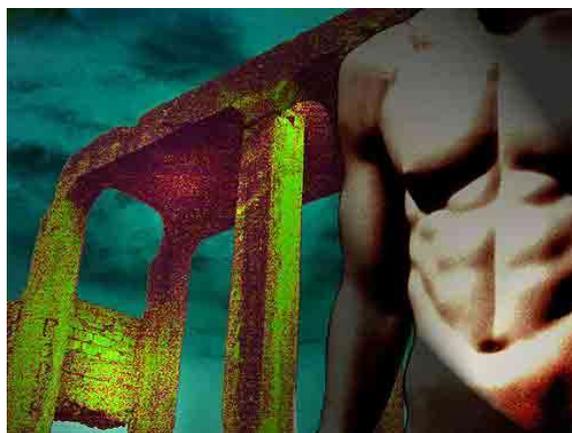
-Sí, claro.

-¿Y qué es?

-Acostarme contigo.

-Pues vamos—dice ella.

Las cosas que hay que hacer para echar un polvo, se dice Toni, mientras piensa en la cara que pondrá



Marta cuando transcurran los nueve minutos y descubra que ha sido víctima de una vulgar mentira.

Rubén Gozalo Ledesma (España)

El Guardián Del Último Sello

El viejo monje se afana en seguir pintando sobre la pared, iluminada apenas por la débil luz de las velas medio consumidas. A pesar del dolor que supone sujetar el pincel entre los dedos, sus manos llenas de llagas canceradas aún parecen ágiles. No está dispuesto a rendirse. La suya es una carrera contra las tinieblas en las que se sumerge un poco más cada día; contra la película lechosa que se apodera de sus ojos sin remisión. Sabe que la enfermedad corre rauda por sus venas, y es casi tan despiadada como el temido jinete de piel apergaminada y cuencas hundidas. Ya sólo le pide al cielo un poco más de tiempo. Se conforma sencillamente con poder acabar su representación del Apocalipsis. Ésa es su particular forma de pedir perdón a Dios. O quizá a los hombres. Ya no recuerda con exactitud.

Está tan ensimismado evocando el estremecedor fresco que contempló en Patmos siendo niño, mucho antes de que los supervivientes tuviesen que esconderse en las entrañas de la tierra, que ni siquiera escucha chirriar los goznes de su celda.

El joven encargado de llevarle la cena —como les gusta llamar a las cápsulas que prolongan su miserable vida— queda petrificado ante el horror que se despliega sobre la pared de la gruta. El aterrador monstruo escupe fuego sobre gentes cuyas pieles caen inmediatamente

abrasadas. La tierra está sembrada de dobles estériles y flácidos. Como el día en que el anciano que tiene delante, aún de uniforme, reconocía ante las cámaras la magnitud del desastre.

—No tengo hambre —responde cortante a la tímida invitación, pues teme perder unos segundos que quizá se revelen preciosos.

—Pero, hermano, tenéis que comer. De lo contrario acabaréis muriendo.

El otrora militar, prematuramente envejecido por la culpa y el encierro prolongado, dirige hacia el joven una sonrisa indulgente que deja al descubierto parte de sus encías azules, castigadas por los metales pesados

—No te preocupes, muchacho, no hay cuidado. Nosotros ya estamos muertos.

Salomé Guadalupe Ingelmo (España)

El perro

Tiene cuatro patas, dos orejas, una nariz, una cola. Si tiene forma de perro y ladra como perro, entonces es un perro. Es mi mascota, la encontré entre los restos de un supermercado, escondida en un recoveco entre los techos derrumbados. Es buena compañía cuando no hay muchos humanos vivos, y además tiene buen olfato, útil a la hora de desenterrar comida. Aunque hayan pasado 20 años, las latas son buena cosa, todavía sirven. Enterradas por los shocks nucleares, la radiación las esterilizó. Veo con preocupación que los dientes del perro siguen creciendo, sus colmillos tienen el largo de un diente de sable, aumenta de tamaño y también de ferocidad.

Se le ha caído el pelo y unas escamas con agujas blindan su piel, su cola fue reemplazada por unos feos estiletes afilados.

La comida cada día, es más difícil de encontrar.
Creo que mis días están contados.

Carlos Feinstein (Argentina)

El Último Misterio

Mi condición de reo a perpetuidad e infectado por el virus sintético HAVOCS me franqueó el acceso al programa experimental. Sus rectores ignoraron las previsibles voces de protesta por mi inclusión en un proyecto de tal calado.

A las nueve horas del siete de diciembre del año dos mil setenta y cuatro me criogenizaron. Tras décadas de investigación lograron sintetizar anticongelantes similares a los de algunas criaturas abisales y superar el problema de la cristalización de fluidos orgánicos. Los cristales desgarraban las membranas celulares y reventaban los capilares más ínfimos. La circulación ralentizada de la sangre y la linfa sería inducida por corrientes magnéticas y millones de nanomáquinas harían las veces de electrolitos conduciendo la nimia energía necesaria para evitar necrosis. Un laborioso sistema de drenaje, limpieza y reinyección de fluidos orgánicos sostendría mi vida. No se logró detener por completo el paso del tiempo, pero mientras que fuera de la *criocápsula* pasarían diez años, dentro pasaría un mes.

Se suponía que pasado ese largo mes, me despertarían. Al abrir los ojos y no ser recibido por nadie, supe que algo había salido terriblemente

mal. A mi alrededor vi al resto de *cobayas* muertos en sus *criocápsulas*.

Tardé dos días en salir a la superficie. Me recibió un cielo de basalto y un desierto infinito. Ni rastro de la ciudad bajo la que creía encontrarme. De vuelta al laboratorio, los pocos aparatos que funcionaban no establecieron contacto con nada ni nadie. Comprobé que no quedaba más nitrógeno líquido ni anticongelantes para volver a mi refugio de olvido, a mi túnel del tiempo de una sola dirección. Hice acopio de los extraños víveres que descubrí y regresé a la superficie. En las demás *criocápsulas* se acumulaba polvo sobre huesos. Fuera lo que fuese lo que ocurrió, pasó hace lustros. Ahora intentaré averiguar qué sucedió, sabiendo que tengo poco tiempo para descifrar el que sospecho que será el último misterio de la Humanidad.

Carlos Díez (España)

Esperanza

Contempló con su vidriosa mirada la destrucción que la explosión nuclear había ocasionado en la ciudad. El fuego devoraba los cimientos de los fantasmagóricos edificios y un nauseabundo olor expandía inmisericorde sus negros tentáculos por las ruinosas calles...

Caminó entre los retorcidos hierros, huesos, vísceras y oscuridad... Las almas, confusas, le salían al encuentro y ella las recogía con indiferencia, acostumbrada a aquella eterna misión... De repente, oyó un débil gemido que provenía de los escombros... Quitó las pesadas piedras y, sorprendida, halló en un

hueco a un bebé que dejó de llorar en cuanto la vio...

La niña había sobrevivido a la hecatombe y se aferraba a la vida con una energía manifiesta. Por primera vez la muerte sonrió a un humano, la cogió en sus brazos y la meció para que se durmiera... Escuchó las voces de algunos supervivientes que se acercaban hasta allí, dejó a la pequeña en un lugar visible y luego suspiró.

-Tú eres la esperanza que le queda a la humanidad... -susurró quedamente.

Acto seguido, se giró y prosiguió con su permanente labor...

*María José Domínguez García
(España)*

Hambre

El gobierno central acaba de informar a la población de que la partida de Ratest 815 ha resultado defectuosa. Ha de ser retirada cuanto antes pero, desgraciadamente, llegan tarde. En mi sector, fuimos de los primeros en vacunarnos y llevamos dos días comprobando los efectos secundarios. La nueva cepa de esta mutación de testosterona es cada día más virulenta. El hambre por la carne está acabando con nosotros. Los vecinos se comen unos a otros. Ya no quedan niños y los ancianos fueron devorados poco después de la vacunación. En las calles hay verdaderas carnicerías. El equipo de Seguridad Civil llegó hace unas horas al sector y no ha dudado en ponerse manos a la obra; les está reduciendo poco a poco. Éste será, en breve, otro sector fantasma. Hice bien en esconderme aquí, en el hospital María Magdalena refugio de

pecadores. En la morgue no me faltará alimento.

María L. Castejón (España)

Insectos

La iluminación de aquella sala era de una blancura cegadora, pero curiosamente, no llegaba a producir ninguna sombra.

Los insectos corrían como alocados por toda la habitación, incluso por encima de sus piernas, pero ya no podía apartarlos de su cuerpo; en realidad, los fluorescentes que debían iluminar la estancia colgaban inertes del techo, y la luminosidad provenía de la explosión de todo el arsenal nuclear del mundo.

Desde el espacio, las distintas expediciones fueron conscientes de que nunca más podrían volver a la Tierra, y que acabarían sus días en lo profundo del cosmos.

Los insectos estaban contentos, pues ellos dominarían el planeta a partir de ese momento... o eso creían, con su inteligencia recién adquirida. Realmente, la radiación acabaría por matarlos también, y la Tierra no sería más que un páramo yermo.

J. Javier Arnau (España)

La Colisión

El impacto había sido anunciado con total precisión. Por primera vez, no hubo culto o religión que se adjudicara tan trascendental "premonición". ¡Había mucho en juego!

Ingentes fueron los esfuerzos para cambiar el curso del Planeta. No menores los intentos para fragmentar o incluso desviar el descomunal asteroide salido de aquel

inesperado desgarramiento marciano.
¡No hubo tiempo para mucho más!

Los medios de comunicaciones que “adelantaron” el cataclismo con sus aterradoras programaciones, se encargaron de eliminar con saña desmedida y anticipada a los más desequilibrados y débiles mentales.

Cada cual se preparó como pudo. Los más ricos se instalaron en suntuosos refugios o emprendieron misteriosos viajes al espacio cósmico, el resto decidió esperar el fatídico desenlace, tranquilos y con serenidad. Todos serían exterminados por igual.

Sin retraso alguno a lo previsto, hizo presencia en el firmamento aquel bólide devastador, desde ese momento y hasta el final, tan sólo, un día y medio “de gracia”.

Al término, un silbido ensordecedor anunciaba la aproximación del fatídico evento. Nubes de polvo y agua formaron intensos remolinos que succionaban todo cuanto se interponía a su trayectoria; olas descomunales penetraban tierra adentro inundándolo todo; calor repentino, intenso, e inmediatamente: “La Colisión”.

Un impacto terrible sacudió el Planeta, lanzando por los aires todo lo que aún permanecía sobre su superficie. Deslumbrantes luces anunciaban el estallido en cadena de todo el arsenal e instalaciones nucleares no evacuados



a tiempo, y tras ellas, una explosión voraz que brotó hacia el firmamento consumiéndolo todo a su paso.

Los que desde la Estación Espacial Internacional “Arca de Noe”, pudimos presenciarlo todo, lloramos de impotencia y tristeza. Silenciosos continuamos alejando nuestra nave y su “valiosa carga” de aquel epicentro infernal, viajando desorientados por el infinito en espera de una “Orden Superior” para fijar nuestro nuevo domicilio sideral.

Pedro Arregoitía Cueto (Cuba)

Niveles

La manteca se desliza por la tostada, mientras se oye la radio, y papá silba bajo la ducha. La cafetera estalla en un burbujeo y mamá pega un brinco y grita, y el gato se asusta y salta de la silla. Entonces aparece mi hermana: que no ha terminado con la tarea, que está gorda, que el chico que le gusta ha invitado a salir a otra, que...

Y papá canta bajo la lluvia.

Mamá se calza —siempre deja el calzado para lo último—, me da un beso, le da un beso a mi hermana y se va: tiene un trabajo muy importante en el Nivel 11.

Y, claro, después se va mi

hermana: me saca la lengua, la zorra.

Y papá aparece con una bata y pregunta por su esposa —mi mamá— y yo le digo que se ha marchado al trabajo... y él le da un puñetazo a la pared: la pared de

cartón reciclado se rompe y

entonces, como por arte de magia, le vemos la pelada al señor Ramírez, del otro lado del panel.

— ¿Qué hace, imbécil? ¿Se volvió loco?

—Disculpe... —balbucea el de la bata, y trata de pegar la pared de cartón.

Papá se vuelve y me mira: ¡Y ambos nos doblamos en dos de la risa!

—¡Shhhhhhh! —ruega papá y, mientras se viste rápido, me da los consejos de la jornada: que sea bueno, que le haga caso a la maestra, que lo desquicie a Ramírez con la radio —no ahora, sino a la tarde, cuando vuelva de la clase de guitarra que tomo en el Nivel 4—, que rece mis oraciones por la noche, que...

— ¿Papá? —digo.

— ¿Qué? —dice papá.

— ¿Dios existe?

— ¡Por supuesto que Dios existe, hijo!

Yo me muerdo la uña y le pregunto:

— ¿Y en qué Nivel vive?

Papá se ríe y me besa, y me dice que, antes de salir, riegue las plantas: “Para el oxígeno, ¿sí?”, me recuerda, y entonces se va.

Él no lo sabe, pero en ese momento, cuando la puerta se cierra a sus espaldas, yo me arrodillo y rezo: le rezo a Dios para que exista bien arriba, en el Nivel donde trabaja mi papá: sobre la superficie de la Tierra atomizada por la Gran Guerra.

Juan Manuel Valitutti (Argentina)

Pena

A José B. Adolph

Con gran premura, con insólita vesania, un planeta entero llegaba a su fin. Estallaba a pasos lentos por instantes y a continuación a pasos agigantados. Sus litorales se hacían trizas. Su forma se difuminaba y sólo se vislumbraba un naranja resplandeciente. Todo un planeta, que alguna vez fue un bello mundo azul, desde los polos hasta el Ecuador, explotaba en infinidad de pedazos. Era trágico, desconsolador, pero era real. Demasiado real. Y además era justo, previsible. Eso lo hacía más tormentoso. Una ciclópea nave con unos pocos sobrevivientes se alejaba del lugar del desastre. El planeta era fuego, sólo fuego en el espacio negro, parecía una fogata al anochecer. Era una gran pelota en llamas que refulgía con claridad continua, aunque discordante y se aniquilaba desde su núcleo hasta cada confín de sí misma.

“Siento gran pena por ella”, habló una voz masculina dentro de la nave que se alejaba a salvo, cada vez más veloz. Habló con una gran melancolía, y redundó: “Siento una gran tristeza por la Tierra”. “Yo no —respondió una voz femenina su lado —, yo siento lástima por ellos”. “¿Por quiénes?”, preguntó la voz masculina.

—Por los hombres. Siento pena por los hombres.

Él comprendió. Ambos personajes miraban el final del tercer planeta a través de una pantalla gigante. Estaban junto uno junto al otro. De pronto la figura masculina se acercó a la femenina y la rodeó con sus

brazos apretándola delicadamente contra su enorme pecho metálico. “Tienes razón”, dijo él. “Si tan solo uno se hubiera salvado...”, musitó la voz femenina. “Pero no fue así, ellos fallaron, ahora es nuestro turno”, respondió la voz masculina, ni muy segura, ni muy dubitativa.

—Tienes razón —dijo ella quien apoyó su cabeza plateada al hombro de su acompañante y acomodó su gélido cuerpo a las duras formas que le sostenían. Él la miró tímidamente con sus ojos luminosos. La sostuvo abrazada todo el trayecto hasta que de la gran esfera de fuego quedó solo una chispa diminuta...

Carlos Enrique Saldivar (Perú)

Sobre las ilustraciones:

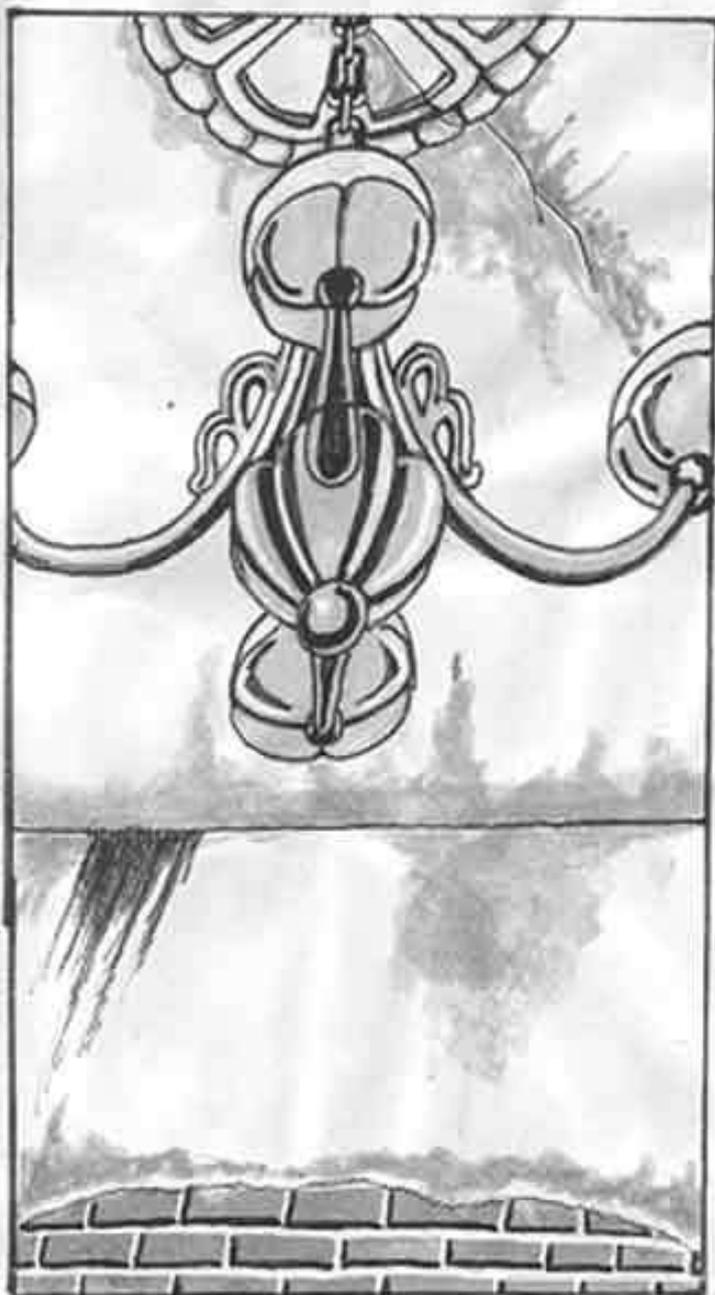
Pág. 1 *Mortal Zombie Apocalipsis*/
M. C. Carper (Argentina)

Pág. 6 *Sin máscara*/ Nicolás Massón
(Argentina)

Pág. 15 *Post-Apocalypsis Doll*/
Carmen Rosa Signes U. (España)

Pág. 33 *s/t*/ Carmen Rosa Signes U.
(España)

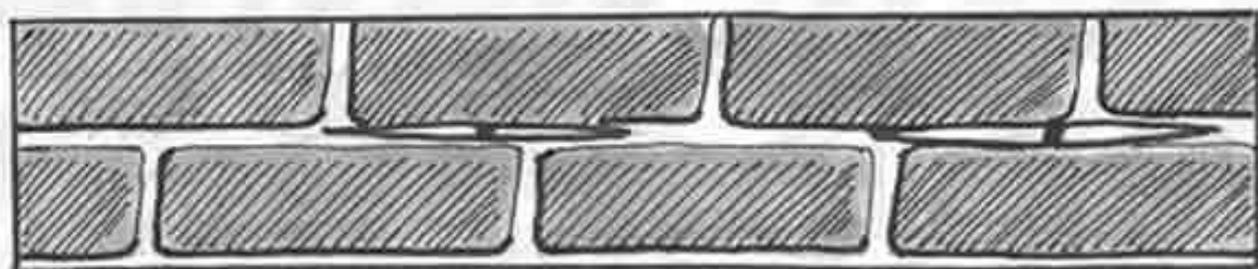
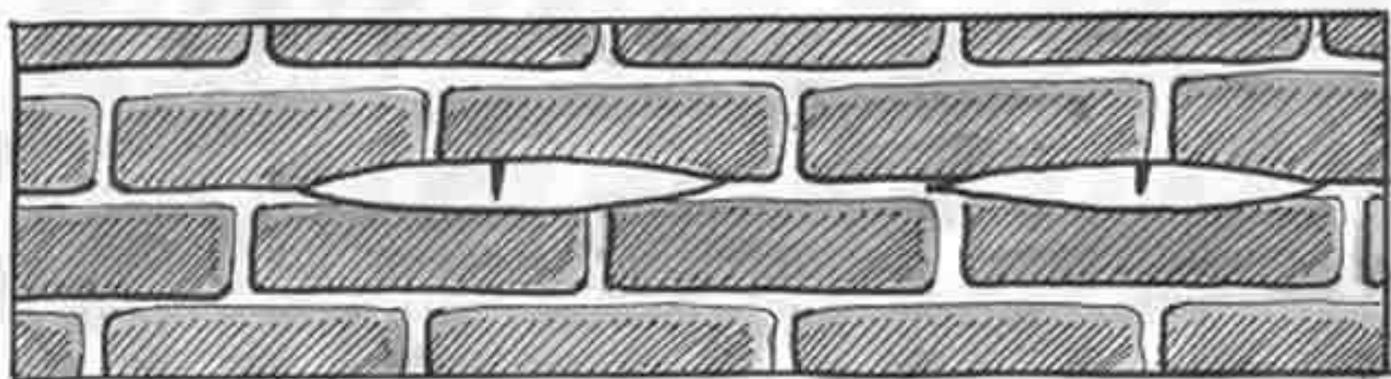
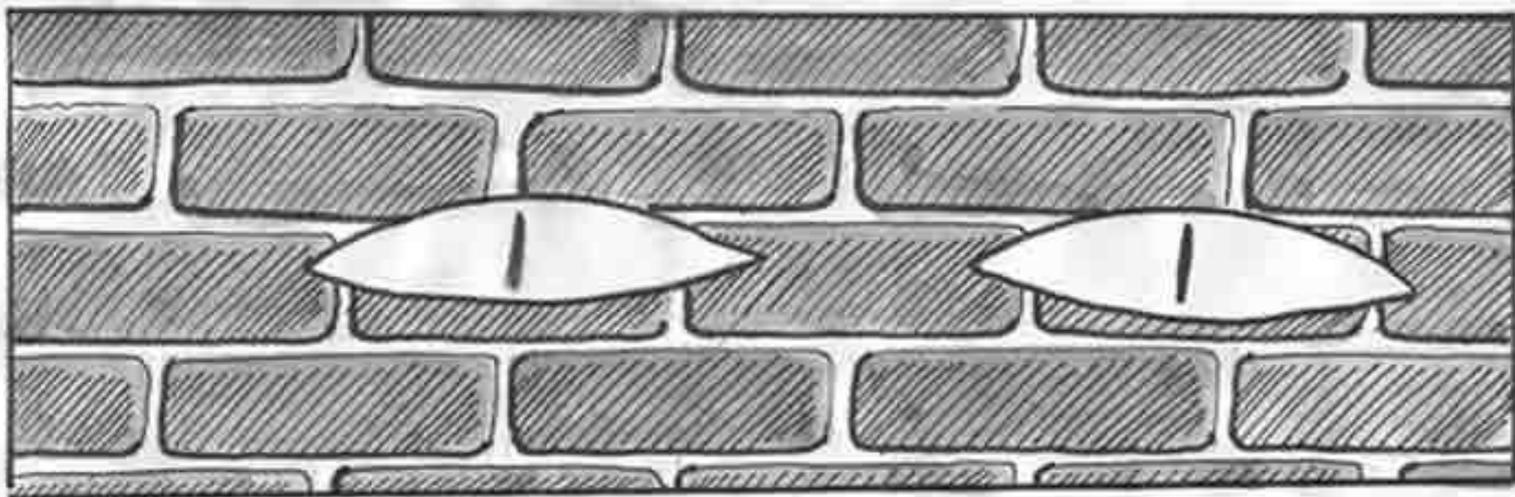
Pág. 37 *s/t*/ Carmen Rosa Signes U.
(España)



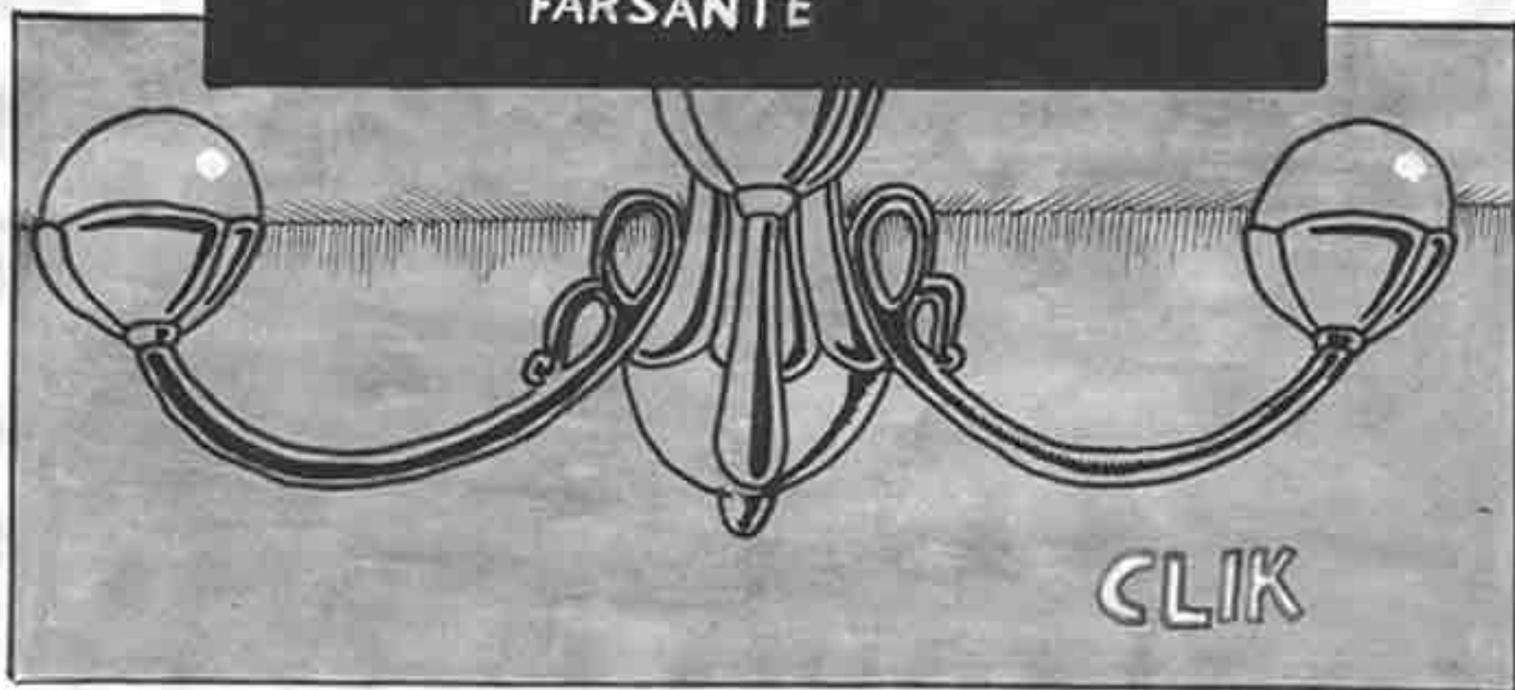
"SE SOBRESALTA SOLO
POR EL CLICK
DE UN
VIEJO INTERRUPTOR."







FARSANTE



CLIK



ME GUSTARÍA
QUE
TRAJERAS



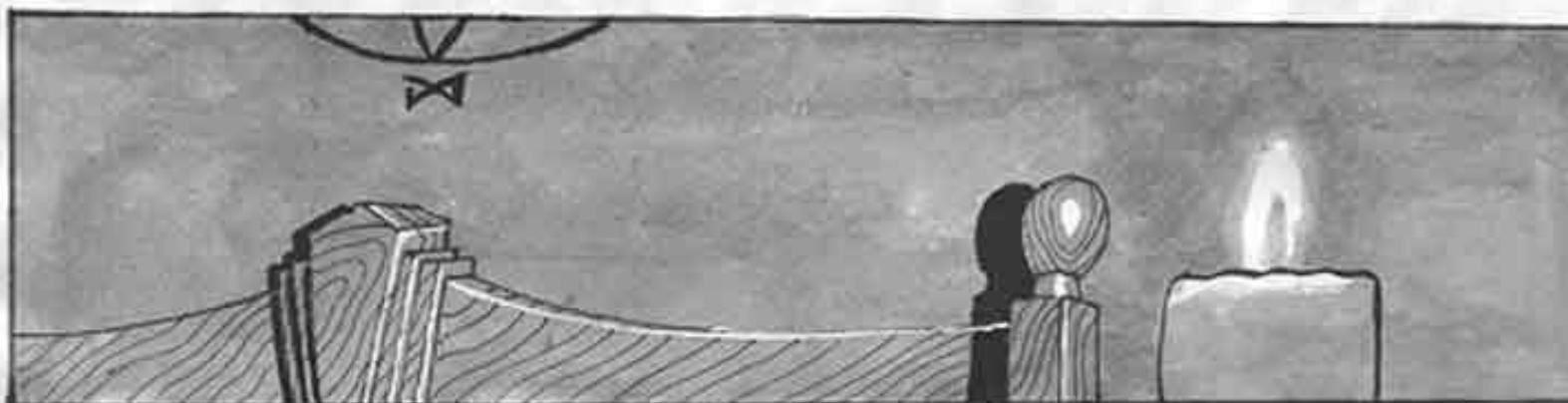
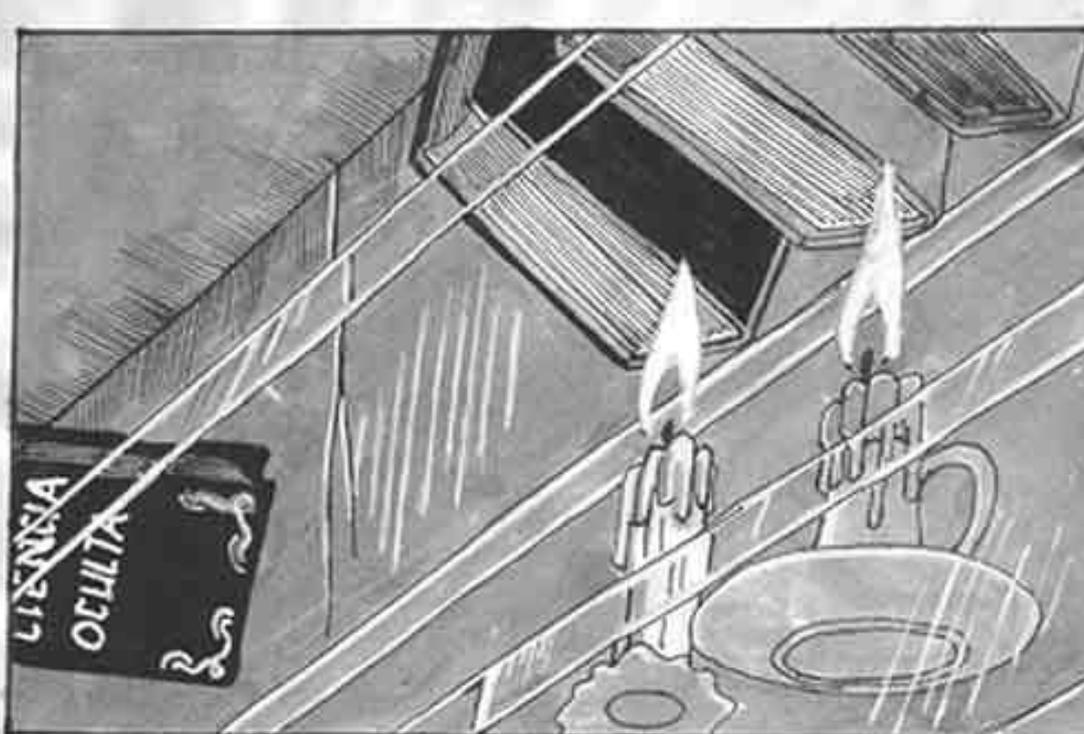
AUNQUE
SEA POR UNAS VECES



ALGUIEN QUE VALIERA
LA PENAL



PARSANTO



Continuará

EL CRONISTA ESPECULATIVO

El lugar menos indicado

Supongo que voy a tener que caminar mucho más para conseguir cigarrillos. Es lo mismo desde hace unos diez kilómetros. Sigo dando vueltas y la ansiedad puede volverme loco. Alrededor se superponen las imágenes más visitadas: ciudades desérticas, otras sumergidas, sol enfermo, una atmósfera enrarecida, campos de basura, calor, mucho calor.

Al menos no necesito de esos trajes especiales para sobrevivir. Eso creo. Me gustaría uno de colores chillones para satisfacer cierto fetichismo iconográfico. Pero más acertado sería un paraguas para protegerme del sol. Es insoportable.

Llevo un lápiz y el cuadernito. Intento dibujar los bloques abigarrados de materiales que empiezan a aparecer. Son golpes abstractos que le vendrían muy bien al diseñador de producción de una película clase B. De hecho los reconozco atascados en algún rincón deforme de mi memoria cinematográfica...Capas y capas de objetos fundidos, publicidades, partes de autos, restos humanos, tierra y plástico, mucho plástico. Creo que si empiezo a cavar voy a descubrir que el planeta ha mutado en un cuerpo de basura. No se si escribir basura, porque seguro que la palabra se ha resignificado por estos días.

Encuentro tirada una estructura bastante amigable, justo en el

momento en el que comienza a llover. Me protejo con esta membrana de alambres retorcidos y, para variar, plástico. Un olor a mierda inconfundible me voltea, mientras el agua cae con violencia, y hasta en bloques duros de granizo. Pienso que no ha sido una buena idea venir hasta acá para intentar una crónica. Pero en este trabajo las cosas deben llevarse hasta el final.

Mi refugio no va a durar mucho, y empiezo a preocuparme. Algo tiene que ocurrir o estas líneas se van a transformar en una postal bastante aburrida.

Empiezo a dibujar para matar el tiempo. Me siento solo. Pienso en mis cosas, traduciendo este paisaje en la incertidumbre por la que transitan estos últimos días. Hay tanto por recorrer, hacer y reconstruir, pero tan pocas ganas. La sobre información me ha transformado en un bicho por momentos demasiado indolente. Espero no ser el último hombre, o alguna de esas burradas.

– ¡Hey, amigo!

Parece que no soy el último.

Cubierto con una capa aparece un tipo de color y sonrisa de pasarela. Lleva su pequeño equipo de música y escucha a Bob Marley. Que desgracia. De todas las cosas increíbles que conforman el universo de “Soy Leyenda”, a mí me tiene que tocar esto: Will Smith. Me parece que la crónica va a dejar mucho que desear.

– ¡Hey amigo, amigo! – repite bailando bajo la lluvia. Espero que no cante.

Intento algo de cortesía, y también me vuelvo un poco pedante.

– Saludos... Robert Neville (protagonista de la novela "Soy Leyenda" escrita por Richard Matheson en 1954)

– ...

Golpecitos de lluvia. Intento nuevamente.

– Saludos... Will Smith.

Se le ilumina la cara y me abraza

– Amigo, amigo, amigo... – repite, hasta que de repente queda en silencio. Su rostro se transforma.

Atrás de el aparecen un montón de tipos que lo arrastran fuera del refugio. No le dan tiempo para ninguna táctica hollywoodense. Se lo comen en cuestión de segundos, haciendo gala de un canibalismo poco usual en vampiros. Ahora creo que estoy en problemas. La sangre de Will es también roja y tiñe los charcos de agua. No tengo ninguna chance. Tardan un rato en terminar su ¿almuerzo?, y se quedan mirándome.

Uno se escarba los dientes con un pedacito de hueso. Otro eructa y luego se ríe tapándose la boca y mirando a la mujer que tiene al lado con algo de vergüenza. Me huelen.

– Disculpe el espectáculo... pero así son las cosas por acá. – dice el más vejo que lleva una remera de los Sex Pistols.

– No hay problema, yo solamente estoy de paso, conociendo.

Se ríen.



Miran el cuadernito con atención. En un arranque de lucidez, poco frecuente en mí, descubro que seguramente el papel tiene un valor elevado en esta época.

Arranco unas hojas y se las regalo.

Están contentos, casi emocionados.

– Esta no es precisamente una zona turística... ande con cuidado.

Me quedo mirándolos.

– Si quiere puede venir con nosotros, algunos kilómetros. Vamos a la ciudad. Nos sobra una bicicleta.

¿Suerte?

Andar en bicicleta con un grupo de personas enfermas devenidas en vampiros es una experiencia poco frecuente. También es poco frecuente que el sol no los dañe. Pero pongamos que eso es una licencia especulativa. Ellos insistieron en salir bajo la lluvia, parece que a les gusta. Al rato me doy cuenta porque. La lluvia cesa y vuelve a salir el sol con vehemencia. Se tapan con unas capas hechas de...

plástico, y me ofrecen una amablemente.

Creo que había llegado al medio de la nada. Ahora ya encontramos unos caminos y divisamos ciudades. Construcciones precarias apiladas y deformes que terminan en edificios con formas reconocibles.

– Allá vamos, es donde comemos. Lo de hace un rato fue un desliz. No nos gusta comer por acá, la mayoría son conocidos. Allá es otra cosa.

– Pensé que Will era el último.

Jimmy se ríe a carcajadas, es con el que más hablo.

– Ese nunca salió de su mansión.

Jimmy es el más flaco entre los flacos que conforman este grupo. Lleva el pelo largo y rapado a los costados, una remera hecha de muchas partes cosidas con desgano, y pantalón de vestir. El muchacho cyber punk. Se mueve constantemente con la astucia de un acróbata en dos ruedas.

– A veces pienso que estamos todos cagados. Después descubro que no es tan así. Creo que estamos fritos, pero más cerca de nuestra naturaleza que nunca.

Lleva adornos de huesos. Recuerdo la manera en que se masticaron a Will. Por momentos Jimmy parece feliz, despojado de todo. Esta es la visión del espectador, de la máquina idealista que dura unas horas. “Mas cerca de la naturaleza”.

A unos pocos metros se divisa la periferia de la ciudad. Mis amigos me esconden entre ellos. Vamos en formación cerrada atravesando más escenas de canibalismo. La mayoría de las construcciones están pintadas

de rosado, una base de sangre diluida quien sabe con que otros componentes.

Jimmy sonrío. Voy temblando en la bicicleta.

– Estos mierdas se comen entre ellos. No aprendieron nada. Con un poco de organización podríamos estar de gran banquete en la ciudad... y de paso reacomodamos las cosas.

Los otros caníbales- vampiros parecen animales de laboratorio liberados hace horas. Se atacan entre ellos con la mirada baja, temerosos, casi sin voluntad.

– ¿Como terminaron así?

– Creo que de a poco, esto es mi vida, no conocí otra cosa. Al menos escapamos del barro y la mugre hasta organizarnos en pequeños grupos para cuidarnos la espalda.

Nos frenamos de repente. Escucho unos motores que rugen como demonios, verdaderos demonios. Todos miran hacia la ciudad, la que me es más familiar. Vuelvo a sentir esa mezcla de incertidumbre y miedo que revolotea. Empiezan a aullar atemorizados.

– ¿Qué pasa?

– Hasta acá llegamos –dice Jimmy.

– ¿Y la ciudad, la comida? –le pregunto aferrándome con inocencia a la planificación post apocalíptica.

– Ahí viene la ciudad.

Después de unos cuantos disparos mi grupo queda reducido a la mitad.

Los veo morir retorciéndose con dolor y deformes. La cabeza de Jimmy explota en mil pedazos, y sólo pienso en no infectarme con su

sangre. Vi demasiadas películas. Tiro mi bicicleta y salgo corriendo, despojándome de los harapos que me cubren y levantando el cuadernito en alto. Las balas no me tocan. Otra licencia del cronista. A mí alrededor se desarrolla una cacería demente, entre motores, gritos de espanto y risas. Parece que Hollywood ha venido a vengar la muerte de uno de sus hijos predilectos. Corro, me arrastro, intento despegarme de la situación mientras la sangre de los caníbales decora la escena. Algunos buscan alimentarse de la carroña mientras les disparan. Siguen perdiendo partes de su cuerpo, pero no de vista la comida. Unos autos tremendos irrumpen pisándolos, llenos de lujo y violencia. También hay motos de Hell Angels prolijos, perfectos, bronceados y cubiertos de cuero brillante. Llevan a sus mujeres que son exuberantes, o flacas y llenas de glamour como las insípidas modelos europeas. Las chicas juegan con palos de golf a derribar cabezas, y con muy mala puntería por cierto, plagando el campo de juego de cuerpos de caníbales que bailan como muñequitos rotos. No se de que lado estoy. Quizás como no pertenezco a este lugar puedo darme el lujo de ser un cobarde. Claro, soy objetivo. Entre tanto ruido y humo suena música latina, algo así como Living la vida loca, que los vencedores y sus mujeres no dudan en bailar derrochando sensualidad. Atrás llegan más autos. Todos se abrazan emocionados.

¿Donde mierda estoy? Post-¿Qué?

De un auto muy extravagante y caro, que no reconozco porque nunca aprendí a manejar, baja un tipo sospechosamente parecido a Tom

Hanks. Esta muy bien vestido, y mira a su alrededor con asco.

– ¡Malditos freaks! –grita, y levanta el puño en alto elevando la emoción del momento.

Voy abriéndome camino entre tantas bellezas. Escapo

– ¡Disculpe!

Silencio dramático.

Debo admitir que las cosas sucedieron demasiado rápido, pero estos segundos se vuelven eternos.

– Usted, el del cuadernito.

¿Seré el único que anota cosas?

– Acá hay un taxi esperándolo.

Si, soy el único.

Me doy vuelta y busco una salida.

De fondo todos cantan el tema ese We are the World, y creo que varios de los que aparecían en el video son parte del ejército. Esto del post Apocalipsis es bastante complicado.

Busco el taxi mientras mi cabeza protesta intentando procesar lo ocurrido. Me voy fuera de foco afectado por el calor, doy tumbos. Hay tanta sangre ajena en mi cuerpo que quizás me terminé infectando. Quiero anotar todo lo que pueda en mi cuadernito arriesgando una especie de testamento. Garabatos y más garabatos. El lápiz se resbala. Lengua seca. Pienso en un epílogo bastante triste, mientras pierdo el equilibrio. El sol me derrite...

Se apagó el cerebro.

No se de que me perdí. No se que soy. Arriesgo una mirada a la nueva realidad. Por suerte estoy a la sombra.

– ¿Se encuentra bien?

Demasiado amable para a referirse a un vampiro. Debo ser el mismo de siempre perdido en un lugar al que no pertenece.

Estoy tomando de una botella de agua, y el líquido fluye por mi cuerpo inflándolo hasta recuperar una posición vertical.

Ahora estoy solo al lado de un auto.

Frente a mi un tipo bastante conocido.

– Saludos Mel... –pregunto mirándolo de reojo

El tipo no me contesta, pero estoy seguro de que es él. El guerrero del camino.

Pruebo una vez más, haciéndome el entendido.

– Saludos Max Rockatansky (protagonista de MAD MAX, interpretado por Mel Gibson)

– Saludos, Cronista ¿Como se siente? No debería olvidarse de tomar agua.

– ¿Como terminó todo?

– Lo de siempre una gran fiesta, cámaras de televisión, discursos edificantes.

Saca un cigarrillo del bolsillo.

Por primera vez soy feliz en estas tierras.

- ¿Tiene un cigarrillo?

Max me mira serio y con desgano me da uno. Preferiría darme una parte de su cuerpo.

No me importa, ya me lo estoy fumando.

– Suba que nos vamos.

Nada. Polvo. Desierto. De repente todo, multitudes hambrientas, autos lujosos. De vuelta la nada. Sol. Lluvia. El conductor va en silencio, estancado en este paisaje que debemos compartir en nuestro interior. No me imagino como fue el Apocalipsis. Quizás sólo se rompió algún tipo de orden material. De fondo siento la misma incertidumbre destructiva que llevo a la cama todas las noches de 2009. Me acuerdo de Jimmy saltando montículos de tierra en su bicicleta. Imagino a Bela Lugosi haciendo lo mismo.

Miro la nuca del taxista. A- po - ca- lip... to.

– ¿Oiga, usted no era policía en Mad Max ?

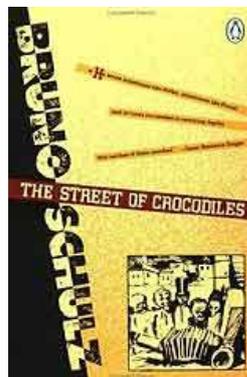
– Y... no se puede vivir con un solo trabajo.

Alejandro Millán Pastori (Argentina)



Bruno Schulz: *La calle de los cocodrilos* (antología)

El autor publicó sólo dos libros de cuentos: *Las tiendas de color canela* y *El sanatorio del sepulturero*. La presente es una antología que reúne gran parte de esos relatos. Este autor, que nació y vivió en la Europa del medio este, en una época especialmente convulsionada -la Segunda Guerra Mundial- se dedicó a la pintura y la literatura, y en ambas logró medios expresivos sorprendentes. Su literatura está teñida y emparentada con la de su colega Franz Kafka, y con él comparte una visión del mundo a la vez trágica y absurda. Sin embargo, las similitudes allí se acaban, en mi opinión. El autor del prólogo de la antología, Elvio Gandolfo, destaca la semejanza en la importancia de la figura paterna, y aunque destaca las diferencias entre ambos progenitores, pienso que la influencia de cada uno es completamente opuesta. El padre de Schulz es un poeta, un ser absorbido por el delirio de la imaginación, alguien que ha puesto alas a la realidad, porque ésta es gris y chata. La importancia del padre de Schulz es la impronta poética e imaginativa que ha puesto en su hijo, y éste, como protagonista de sus relatos, ha decidido poner también a su padre como coprotagonista. Prácticamente todos los cuentos están relacionados: una misma familia, un mismo ambiente, un mismo clima y tono de nostalgia y absurdidad. El lenguaje, impecable, hace recordar a Proust, el absurdo a Buzzatti, y lo poético a Kafka, y sin embargo, en tan corta obra, Schulz ha logrado crear un mundo donde la alegoría es evidente, pero no suficiente para explicar el mundo que crea. Es



algo desprendido del mundo real, otra cosa que se ha formado paralelamente a la misma cosa original. El cambio está en el punto de vista del sujeto, que luego de percibir la realidad, la ha transformado y proyectado luego en esa misma realidad como una alternativa. Por ejemplo: los pájaros que cría el padre del narrador, son reales hasta ciento punto, pero la variedad, el tamaño, las costumbres y la invasión de la casa por estas aves: ¿es real? ¿es imaginación? ¿es ilusión? Los pájaros están, y son extraños: éstas son verdades irrefutables.

El clima es nostálgico, no mágico sino absurdo, insisto, pero no de una absurdidad desesperante como la de Kafka, sino festiva, como un carnaval de monstruos que no hacen daño.

El punto más alto, quizá, sea el cuento *El sanatorio del sepulturero*, para mí uno de los tres mejores cuentos del siglo XX (digno heredero del *Bartleby* de Melville y *La metamorfosis* de Kafka). Un sitio donde lo real y lo onírico se entremezclan hasta intercambiar sus lugares. No es extraño que haga acordar al sanatorio de *La montaña mágica* de Mann.

El lenguaje de Schulz es una mezcla extraña y muy peculiar de imágenes sensoriales variadas, como cuando relaciona objetos a través de sus características visuales y las funde con las auditivas u odoríferas de otros: bosque y marrón cedro, madera y tabaco, violoncello y viento.

Para terminar, menciono que la primera antología de Schulz en francés fue realizada por Maurice Nadeau, autor también de un excelente estudio sobre la vida y obra de Flaubert.

*Reseña literaria Ricardo G. Curci
(Argentina)*

Reseñas Revistas de Revista digitales:

EXÉGESIS

Revista *Exégesis* es una publicación *on-line* dedicada al cómic de ciencia-ficción. Se publica una historia semanalmente y tras tres meses se recopilan las historias en un *cbr* para que cualquiera pueda descargarlas y disfrutar de ellas en cualquier lugar.

Para visitarla y, si os apetece, colaborar no tenéis más que pasaros por: www.revista-exegesis.com



PAPIRANDO

Revista Literaria Papirando

La revista bimensual PAPIRANDO, se distribuye gratuitamente por mail. Trabaja con una selección cada vez más selecta de textos y va en camino del 7º número bajo la consigna "Ciudad". Con un eje temático cambiante y la intención de diagramación novedosa acepta colaboraciones de todo el mundo en el siguiente mail:

lorenzopablo10@yahoo.com.ar



La Máscara Del Héroe. José Luis Zárate

Ilustración y Diseño de Portada: Calderonstudio
Prólogo: Alberto Chimal
Colección: Albemuth Internacional

¿Qué sucedió realmente en el viaje del Démeter, el barco maldito que partió de Transilvania con un monstruo en su bodega de carga?

¿De quién hablamos cuando hablamos del Hombre de Acero? ¿Qué pasaría si no fuera la figura perfecta e intocable de los comics sino alguien más?

¿Puede un héroe del pasado mítico del cine por más señas entrar en la vida real para combatir a los monstruos de la Gran Oscuridad?

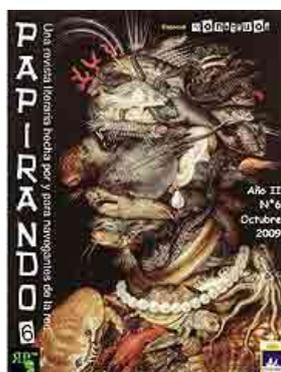


Desde hace más de veinte años, el escritor mexicano José Luis Zárate (Puebla, 1966) ha marcado el camino de la ciencia ficción y la literatura fantástica de su

país. Autor de culto, apreciado por lectores de lo más diverso, tres de sus libros centrales se agrupan en este

ómnibus y dejan ver claramente varias de sus obsesiones, como la cultura pop, el horror clásico y la forma en la que los mitos, sin importar su origen, pueden adaptarse interminablemente, para refinar sus características más espantosas o para que nos riamos de ellos... o ellos se rían de nosotros.

La ruta del hielo y la sal obtuvo el Premio MECyF 1998 y fue considerado uno de los mejores libros publicados en lengua española en ese año por la crítica mexicana. *Del cielo oscuro y del abismo* obtuvo el la mención Premio UPC . *Xanto. Novelucha libre* fue publicado en 1994 y se convirtió casi de inmediato en un clásico secreto, que aquí se reedita por primera vez.



Siempre nos resulta difícil realizar el *Top 10* sobre todo con un tema tan abundante en filmografía como el que tratamos y en tintero dejamos (no sin cierta nostalgia) clásicos de la envergadura de: Soy Leyenda, 28 Días después, Apocalipsis de Stephen King o Nueva York: Año 2012. Espero puedan perdonarnos... ¡algún día!

Top 10: cine

Post-Apocalíptico

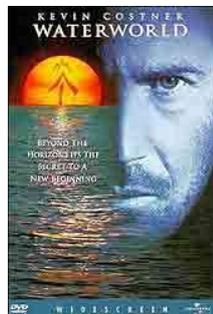
Fotografía:
Ernest Laszlo

Reparto:
Michael York,
Richard Jordan,
Peter Ustinov,
Jenny Agutter,
Roscoe Lee Browne, Farrah Fawcett

SINOPSIS: Ambientada en 2774 cuando el mundo que conocemos ha obligado a cubrir las ciudades con una burbujas gigantesca por temor a un desastre ecológico.

10. Waterworld (EE.UU., 1995).

Director: Kevin Reynolds;
Guión: David Twohy & Peter Rader;
Música: James Newton Howard;
Fotografía: Dean Semler

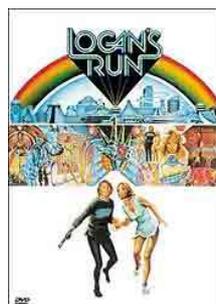


Reparto: Kevin Costner, Jeanne Tripplehorn, Dennis Hopper, Tina Majorino, Michael Jeter, Gerard Murphy, R.D. Call

SINOPSIS: En el futuro los casquetes polares se han derretido y el agua lo cubre todo. Por tal motivo, el agua dulce es el bien más preciado, y los seres humanos sobreviven en plataformas flotantes siempre buscando agua potable, algo de tierra, y hablando sobre la leyenda de que en algún lugar existe tierra firme. Mariner es un errante que viaja solo practicando el trueque. Un día llega a un atolón de chatarra y vende tierra a sus moradores, pero éstos, al descubrir que es un mutante (mitad pez, mitad humano), lo condenan a muerte.

9. La Fuga de Logan/ *Logan's Run* (G.B., 1976).

Director: Michael Anderson; **Guión:** David Zelag Goodman;
Música: Jerry Goldsmith;



8. Akira (Japón, 1988). **Director:** Katsuhiro Ôtomo; **Guión:** Katsuhiro Ôtomo & Izo Hashimoto (basado en el Comic de Katsuhiro Otomo); **Música:** Shoji Yamashiro.



SINOPSIS: Año 2019. Neo-Tokyo, una ciudad construida sobre la antigua capital japonesa destruida tras la Tercera Guerra Mundial. Japón es un país al borde del colapso enfrentado en continuas crisis políticas. En secreto, un equipo de científicos ha reactivado por orden del ejército un experimento para encontrar a sujetos que puedan controlar el arma definitiva: una fuerza denominada *energía absoluta*. Pero los habitantes de Neo-Tokyo tienen otras cosas de las que preocuparse. Uno de ellos es Kaneda, un joven pandillero líder de una banda de motoristas. Durante una pelea, su mejor amigo, Tetsuo, sufre un extraño accidente y termina ingresado en unas instalaciones militares. Allí los científicos descubrirán que es el poseedor de la energía absoluta. Pero Tetsuo no se resignará a convertirse en un conejillo de indias y muy pronto se convertirá en la amenaza más grande que el mundo ha conocido.

7. La Carretera/ *The Road* (EE.UU., 2009).

Director: John Hillcoat; **Guión:** Joe Penhall (basada en la novela de Cormac McCarthy); **Música:** Nick Cave; **Fotografía:** Javier Aguirresarobe



Reparto: Viggo Mortensen, Kodi Smit-McPhee, Charlize Theron, Guy Pearce, Robert Duvall

SINOPSIS: En un futuro quizá no lejano, en un sombrío mundo post-apocalíptico, un padre (Viggo Mortensen) trata de poner en lugar seguro a su hijo (Kodi Smit-McPhee). El planeta ha sido arrasado por un misterioso cataclismo, y en medio de la desolación un padre y su hijo viajan hacia la costa para buscar un lugar seguro donde asentarse. Durante su travesía se cruzarán con los pocos seres humanos que quedan, los cuales o bien se han vuelto locos, o se han convertido en caníbales... Adaptación de la aclamada novela -ganadora del Premio Pulitzer- de Cormac McCarthy (autor de "No es país para viejos").

6. El Último

Hombre Vivo/ *The Omega Man* (EE.UU., 1971).

Director: Boris Sagal;

Guión: John William

Corrington (basada en la novela Soy Leyenda de Richard Matheson);

Música: Ron Grainer; **Fotografía:** Russell Metty.



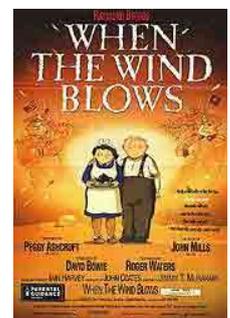
Reparto: Charlton Heston, Anthony Zerbe, Rosalind Cash, Paul Koslo, Lincoln Kilpatrick, Eric Laneuville

SINOPSIS: Como consecuencia de la guerra bacteriológica entre Rusia y China, un solo individuo parece ser el único superviviente: se trata del coronel Neville, famoso científico, que se salva gracias a una única dosis de vacuna que estaba experimentando. A partir de este momento, y durante dos largos años, tendrá que defenderse del asedio de unos seres que también han conseguido salvarse, pero que, al no poseer la defensa de unos anticuerpos, han ido degenerando hasta convertirse en unos seres monstruosos, y cuyo único afán es acabar con Neville, en el que polarizan la responsabilidad de la destrucción de la humanidad.

5. Cuando el viento sopla/ *When the wind blows* (G. B., 1986). **Director:** Jimmy T. Murakami; **Guión:** Raymond Briggs, basado en su novela homónima;

Fotografía: Peter Turner, Maureen Simons, Roger Chandler y Roy Watford;

Música: Roger Waters; **Dirección artística y diseño de los dibujos:** Richard Fawdry



SINOPSIS: Jim y Hilda Bloggs son una pareja de jubilados que viven en una remota zona rural de Gran Bretaña poco antes del inicio de una guerra nuclear. Profundamente patriotas, tienen absoluta confianza en su gobierno y se han informado sobre todo lo que es necesario hacer en caso de que el enemigo ataque su país. Jim ha leído los folletines oficiales sobre la bomba atómica y inicia la construcción de un refugio que les protegerá en caso de una explosión nuclear.

4. Terminator, la saga (EE.UU., 1984).

Director: James Cameron; **Guionistas:** James Cameron y Gale Anne Hurd.

SINOPSIS: Un cyborg ha



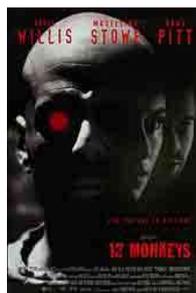
sido enviado desde el futuro en una misión mortal: Eliminar a Sarah Connor, una joven cuya vida tendrá una gran importancia en los próximos años. Sarah tiene sólo un protector - Kyle Reese - también enviado desde el futuro. El Terminator utiliza su inteligencia excepcional y fuerza para encontrar a Sarah, pero ¿hay alguna forma de detener al cyborg aparentemente indestructible?

3. Mad Max, la saga (Australia, 1979). **Director:** George Miller; **Guión:** James McCausland & George Miller; **Música** Brian May; **Fotografía:** Dean Semler

Reparto: Mel Gibson, Joanne Samuel, Steve Bisley, Hugh Keays-Byrne.

SINOPSIS: En un futuro post-nuclear, un policía encargado de la vigilancia de una autopista tendrá que vérselas con unos criminales que actúan como vándalos en su zona. Víctima de su barbarie, su mujer y sus hijos son asesinados, y entonces Mad Max emprende una feroz lucha por alcanzar a los salvajes, en busca de la venganza.

2. 12 Monos/ *Twelve Monkeys* (EE.UU, 1995). **Director:** Terry Gilliam; **Guión:** David Peoples & Janet Peoples; **Música:** Paul Buckmaster; **Fotografía:** Roger Pratt.

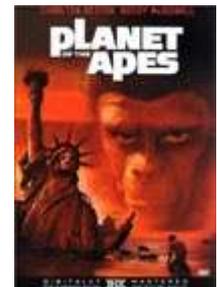


Reparto: Bruce Willis, Madeleine Stowe, Brad Pitt, Christopher Plummer, Jon Seda, Joseph Melito, David Morse, Michael Chance, Vernon Campbell, H. Michael Walls, Bob Adrian, Simon Jones, Carol Florence, Bill Raymond, Ernest Abuba

SINOPSIS: Año 2035. Tras el azote de un virus asesino que asola la Tierra matando a miles de millones de personas, los supervivientes se refugian

en comunidades subterráneas, húmedas y frías. El prisionero James Cole se ofrece como *voluntario* para viajar al pasado y conseguir una muestra del virus, gracias a la cual los científicos podrán elaborar un remedio. Durante el viaje conoce a una bella psiquiatra y a Jeffrey Goines, un excepcional enfermo mental. Cole tratará de encontrar al *Ejército de los 12 Monos*, un grupo radical vinculado a la mortal enfermedad.

1. El Planeta de los Simios/ *The Planet of the Apes* (EE.UU. 1968). **Director:** Franklin J. Schaffner; **Guión:** Michael Wilson & Rod Serling (Novela: Pierre Boulle); **Música:** Jerry Goldsmith; **Fotografía:** Leon Shamroy



Reparto: Charlton Heston, Roddy McDowall, Kim Hunter, Maurice Evans, James Whitmore, James Daly, Linda Harrison

SINOPSIS: George Taylor forma parte de una tripulación de astronautas a bordo de una nave espacial -en una misión de larga duración- que se estrella en un planeta desconocido y aparentemente carente de vida inteligente. Sin embargo pronto se da cuenta de que el lugar está gobernado por una raza de simios inteligentes que esclavizan a los seres humanos, que carecen de la facultad del habla. Cuando su líder, el doctor Zaius, descubre con horror la facultad de hablar de Taylor, decide que lo mejor es exterminarlo.

Próximo número:

DRAGONES